



las sombras también viven

silver kane



COLECCION

PUNTO ROJO



SILVER KANE

LAS SOMBRAS TAMBIEN VIVEN

Colección **PUNTO ROJO** n.º 379
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES
CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 21.173 - 1969

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: julio, 1969

© SILVER KANE - 1969
sobre la parte literaria

© RAFAEL GRIERA - 1969
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE:
1.119 — Los estafadores.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
988 — ¡Consigna: Matar al muerto!
- En Colección SALVAJE TEXAS:
655 — Federal y mujerleigo.
- En Colección KANSAS:
554 — Muerto de hambre.
- En Colección BUFALO:
820 — Las horas piden venganza.
- En Colección ASES DEL OESTE:
502 — Ni más ni menos que un hombre.
- En Colección BRAVO OESTE:
444 — Tres demonios a Abilene.
- En Colección COLORADO:
602 — Seis hombres van a morir.
- En Colección CALIFORNIA:
655 — Mi amiga la muerte.
- En Colección PUNTO ROJO:
371 — La tercera bruja.
- En Colección ENVIADO SECRETO:
86. — Sangre roja en el Mar Rojo.

CAPÍTULO PRIMERO

El grito retumbó en las paredes de la casa.

Pareció extenderse por ella como si tuviera piernas y se pegó a las puertas y ventanas como si tuviera manos. Fue uno de los gritos más angustiosos, más lacerantes que Edgar recordaba haber oído.

Justo ocurrió cuando él se disponía a bajar de su coche, aquel «Ford» especial, modelo Le Mans del que se sentía tan orgulloso. Abría la portezuela cuando el grito sonó.

Edgar corrió hacia la casa.

Aunque ya tenía cincuenta años muy cumplidos, sus piernas seguían siendo ágiles, no obstante le pareció que tardaba una eternidad en atravesar el porche y llegar a la entrada.

Empujó la hoja de madera, recién pintada de blanco, y entró. Como ya temía, era Jezabel la que había gritado.

Jezabel acababa de caer de su silla de ruedas.

Estaba al pie de las monumentales escaleras que llevaban al piso superior, y miraba como obsesionada hacia arriba. Sus ojos estaban desencajados, y su boca torcida patéticamente después de aquel grito.

Edgar pensó muchas cosas, una barbaridad de cosas mientras se acercaba a ella.

La primera de aquellas cosas que pensó no le gustó nada, porque atentaba a su sentido de la moral. Pero demonios, uno no tiene la culpa del todo si un pensamiento viene a su cerebro sin que lo busque. Y Edgar se dijo que Jezabel era muy hermosa, que tenía unas piernas sensacionales y que las enseñaba demasiado (vamos, que las enseñaba del todo, para que nos entendamos) después de haber caído de su silla de ruedas.

¿Qué edad debía tener ahora Jezabel? Ah, sí, veinticinco años... El pensamiento acudió fugaz a la mente de Edgar.

Otra cosa que se dijo fue que la chica estaba cada vez peor. Y ya

no tuvo tiempo de pensar nada más, porque acababa de llegar a su lado.

—Jezabel... —musitó.

Ella no podía hablar.

Miraba al recién venido con los mismos ojos desencajados, como si no pudiera creer en su existencia.

Edgar musitó:

—Vamos, vamos, esto se tiene que terminar.

Y le dio unos suaves cachetes en la mejilla, mientras trataba de calmarla.

Sus palabras y su actitud produjeron el mágico efecto que habían producido siempre, pues no en vano conocía a Jezabel desde que ésta tenía diez años.

La muchacha se había puesto a llorar silenciosamente.

Ya no miraba a ningún sitio. Hundida en sí misma, parecía avergonzada de existir.

Pero no se cubría las piernas, y Edgar ya no sabía adónde mirar.

Demonios, ya no era lo mismo que cuando ella tenía diez años. Parecía mentira que Jezabel no lo comprendiese.

Y Edgar no era de piedra.

La sujetó por debajo de los brazos, tratando de ponerla en pie.

—Bueno, y ahora volveremos a la silla, ¿eh? Volveremos a la silla.

—Es inútil, no puedo... tenerme en pie.

—Manteniendo las piernas rígidas, sí que puedes. Recuerda que lo ensayamos. Tú apóyate en mí y yo te llevaré a la silla.

Jezabel obedeció.

Quedó rígida como un poste carente de equilibrio y que va a caer a un lado u otro, pero Edgar la sostenía.

Su pensamiento le decía: «¡Ya no es una niña, córcholis!».

Total, logró sentarla de nuevo en la silla de ruedas.

Y con mucho cuidado le bajó la falda, para que ésta cubriera al menos sus redondas y torneadas rodillas.

Luego Edgar fue al mueble bar (conocía aquella casa tan bien como si fuera la suya) y preparó un combinado de su invención, un combinado capaz de hacer recobrar el sentido a un operado a quien hubieran dado doble anestesia.

—Toma, Jezabel, bebe un poco. Te conviene, ¿eh?

Ella bebió un sorbo y se puso a toser.

Edgar la miraba con atención.

(¿Qué demonios tendría aquella mujer que hasta cuando tosía estaba hermosa?).

—Muy bien, muy bien... —dijo él luego—. Eso está muy bien. Y ahora vas a contarme lo que has visto, ¿eh?

—¿Para qué quiere que se lo cuente si luego no me va a creer?

—Nadie ha dicho que no te crea.

Ella se cubrió los ojos con las manos.

Tal vez veía algo a través de sus dedos, pero era muy difícil decirlo.

Al fin susurró:

—Mi marido estaba allí —dijo.

—¿Dónde?

—Arriba.

Edgar hizo un gesto de paciencia.

—Pero, hijita es ya la quinta o sexta vez que lo ves. No digo que sea una alucinación, no. Pero métete esta sencilla cosa en la cabeza: tu marido murió hace un año. Murió quemado. Fue horrible, pero ahora ya descansa en paz. ¿A qué conduce pensar en él?

—Yo no pienso en él; yo sólo lo he visto.

Edgar se armó de resignación.

—Muy bien, muy bien... Te creo. ¿Y dónde estaba?

—Arriba, en el vestíbulo.

—¿En lo alto de las escaleras?

—Sí.

—Bueno, pero tendría algún aspecto, ¿no? Vamos a ver. ¿Cómo iba vestido, qué cara tenía? ¿Igual que el día en que os casasteis los dos?

Ella negó tercamente con la cabeza, mientras volvía a sollozar.

—No... —dijo—. No...

—¿Pues cómo era?

—Estaba... quemado.

Edgar se estremeció.

No supo si fue por la voz de la joven viuda o porque él mismo no tuvo más remedio que imaginar la escena.

Había visto a bastantes hombres quemados.

Y le daban piedad, le daban pena porque estaban muertos y

quietos. Pero si llegan a moverse, la cosa hubiera sido distinta. Ver a uno de aquellos espectros avanzar hacia él le hubiera causado un incalificable horror. E imaginó lo que debía pasar Jezabel si, aunque fuera sólo en su imaginación, veía todo aquello.

Pero insistió:

—¿Con las ropas quemadas y con la cara quemada?

—Sí.

—Pero, hijita, no sé de dónde sacas eso. Para recordar a una persona hace falta haberla visto antes. Y tú no viste jamás a tu marido quemado; no viste su cadáver; debes comprender que es algo con lo que te sugestionas tú misma.

Ella negó.

—Lo he visto —dijo desesperadamente.

—Anda, bebe un poco más.

—No tengo ganas.

—¿Dónde están los dos criados?

—Han ido de compras.

—¿Los dos?

—Pues... pues sí.

—Diantre, es un crimen que te dejen sola en esta casa.

Y miró lo que se veía de ella, aunque no lo necesitaba porque la conocía muy bien. La vieja mansión de los Wagram tenía dos pisos y once habitaciones dobles, además de unos cuantos salones, un comedor y unos sótanos donde hubiera podido montarse una «boite». Fue una casa elegante y seguía siéndolo ahora, pero necesitaba muchos cuidados que no podían realizarse por falta de dinero. Los muebles, aunque elegantes, estaban ya muy pasados de moda. Casi todos necesitaban una buena restauración. Y sólo faltaba lo de los criados... Demonios, ¿por qué la dejarían sola?

—Ya lo comprendo —murmuró.

Jezabel volvió la cabeza.

—¿Qué dice?

—Nada, nada...

Y Edgar calló, pero siguió rumiando. Sí, claro que lo comprendía. Muy posiblemente llevaban dos meses sin cobrar, quizá más. Y aunque no se iban porque en el fondo tenían un cierto cariño a Jezabel, tampoco se tomaban sus obligaciones muy en serio. Unas compras que hubiesen debido durar media hora,

duraban toda la mañana. Y no se iba un criado, sino los dos, para así poder charlar como el que va de paseo.

Al fin, Edgar chascó dos dedos.

—Esto no puede continuar —dijo.

—¿Qué es lo que no puede continuar?

—No debiste dejar tu pequeño apartamento de Washington. ¡Qué tontería! ¡Volver aquí, a la vieja casa de tus padres! No hay quien cuide de esto. Y tú no puedes hacer nada, puesto que eres una paralítica. Dime, ¿por qué viniste?

—Él me lo pedía.

—¿El? ¿Quién?

—Mi marido.

—Ah, vaya, vaya... ¿Y cómo te lo pedía?

—Me hablaba por las noches.

Edgar tuvo una crispación y comprendió que aquel caso se estaba volviendo peor cada vez. Tenía que tomar una decisión, costara lo que costara.

Se puso en pie y dijo:

—Tengo unas pastillas en el coche. Espera, voy a buscarlas.

Salió, pero no se dirigió a su coche.

Lo que hizo fue encaminarse a la cabina telefónica pública que había muy cerca de la casa.

Introdujo unas monedas en la ranura y discó un número.

Una voz femenina le contestó.

—Consultorio del doctor Aster. Dígame.

—Quiero hablar con ese condenado de John.

La enfermera —pues Edgar sabía que era una enfermera— se sobresaltó.

—¿Con quién ha dicho, señor?

—Quiero hablar con el doctor Aster. Dígame que soy Edgar.

—Ah, muy bien, señor.

Instantes después se oía una voz jovial y masculina.

—Hola, Edgar, amigo... ¿Qué tal?

—Oye, John, no sé si tú sabes algo de la viuda Wagram.

—¿Jezabel Wagram?

—Exacto.

—¿Aquella cuyo marido murió quemado en su coche?

—Así es. Tienes buena memoria.

—Lo leí en los periódicos, y en un año no se me ha olvidado. ¿Y qué? ¿Para eso me llama?

Edgar carraspeó.

—Muchacho, yo te di clases hace años, cuando no eras más que un aspirante a trepar hasta las nubes. Y has llegado cerca de las nubes, la verdad, mientras que yo sigo siendo un modesto médico de familias, como cuando empecé.

John rió.

—¿Por qué cree que aguanto a un viejo insoportable como usted, doctor Edgard? Pues porque aún me acuerdo de lo mucho que me impresionaba con su ciencia, cuando ya no era más que su alumno.

—Mi ciencia, mi ciencia... ¡Por supuesto que sigo sabiendo más que tú! Lo que ocurre es que me he dedicado a curar resfriados, mientras que tú te has dedicado a la gran idiotez de nuestro tiempo: ¡el psicoanálisis! Ganas lo que quieres con tus consultas a cien dólares, ¿eh? Y siempre tienes la sala de espera llena de mujeres que hacen turno, esperando el que les explique, según Freud, por qué sus maridos ya no les hacen maldito caso. Bueno, al grano... ¿podrías dedicar una hora al día a tu viejo maestro?

John Aster volvió a reír.

—No me diga que necesita un psicoanálisis. ¿Qué pasa? ¿Es que ya empieza a tener sueños en los que ve a chicas de diecinueve años bailando el *can-can*?

—Se trata de la mujer de que te he hablado antes. Yo no necesito para nada a los embusteros como tú.

—¿La viuda Wagram?

—Sí.

—¿Y qué le pasa?

—Ve a su marido.

—Sufre alucinaciones, ¿eh? Vaya, mi especialidad. He curado casos imposibles, puede creerme. Dígame que irá a verla mañana mismo. Cien dólares por sesión, precio especial. Es lo mismo que cobro sin desplazarme y, los que vienen a mi consultorio.

—Oye, John, es que hay otro problema.

—¿Dinero?

—Veo que lo has adivinado enseguida.

—Creo recordar que la viuda Wagram era rica.

—Sí, pero tuvo una desgracia encima de otra. No sé si habrás oído decir que su marido se dedicaba a la perforación de pozos de petróleo.

—Me parece recordarlo.

—Bueno, pues dio con un filón. Un terreno fantástico, ésa es la verdad. Sólo te diré que ahora, cuando lo explota otra compañía, está produciendo dos millones y medio de litros diarios. Jack, el marido de esa pobre muchacha, no tenía dinero propio, pero ahí la gran oportunidad para los dos. Llevaban sólo un año casados. Ese terreno se lo ofrecían por un millón y medio siempre que pagara al contado, y él convenció a su mujer. Era un regalo, era la oportunidad más grande que tendrían jamás. Jezabel le entregó todo lo que tenía, en metálico y en joyas, especialmente diamantes. El salió en su coche a gran velocidad, porque era cuestión de horas. Si se retrasaba todo se podía ir al diablo. Y cerca de Washington, en Alexandría, se estrelló contra un poste del tendido eléctrico y se abrasó. Yo vi el cadáver. De los diamantes, claro, no quedó nada, pues ya sabes que son carbono puro. De los billetes sólo quedaron residuos informes. ¡Un millón y medio pasado por las llamas! ¡Todo lo que tenía Jezabel! ¿Comprendes ahora por qué está arruinada?

—No sólo arruinada, sino loca. Después de lo que me ha contado hay para volverse majareta, amigo Edgar.

—Pues aún no he terminado. Ella pareció al principio tomarse la cosa con cierta calma, pero la procesión iba por dentro. Yo siempre lo he dicho: «Cuando las cosas no estallan, es mucho peor». Y de repente un día sufrió una terrible crisis nerviosa. Perdió el conocimiento durante horas y horas, y cuando lo recobró no podía mover apenas los miembros inferiores. Si la dejan en pie se cae como un poste, puesto que no puede doblar ni separar las piernas. Y vive en una silla de ruedas.

Al otro lado del cable, John Aster ya no rió.

Su voz fue grave cuando dijo:

—Vaya, pues es todo un drama.

—Lo peor es eso de las visiones, muchacho. No sé adónde acudir. ¿Y sabes qué pienso? Que ella terminará matándose.

—Es un final terrible, pero científicamente lógico —reconoció Aster.

—Me gustaría evitarlo. He sido siempre el médico de esa

familia. A ella la conozco desde que tenía diez años.

Hubo un silencio después de estas palabras de Edgar.

Un silencio tan espeso que el médico cincuentón murmuró:

—Eh, John, ¿sigues ahí?

—Claro, claro... Estaba pensando.

—Pues pronuncia tu sentencia, muchacho. La verdad es que no sé adónde acudir. Hay clínicas siquiátricas, pero allí, fuera de su ambiente, la muchacha, pues sólo tiene veinticinco años, aún iría peor.

—Está bien, la atenderé gratis —dijo al fin John Aster—. Pero que conste que sólo me comprometo para una semana, ¿entiende? Si veo que hay posibilidades de hacer algo seguiré. Si no, la dejaré en la estacada. No es que yo quiera vivir sólo de cara al dólar, pero tampoco me gusta luchar contra lo imposible. ¿Se da cuenta de la situación?

—Sí, muchacho, y te lo agradezco de veras. En realidad creo que sólo tú puedes conseguir alguna cosa. ¿Cuándo vendrás?

—Esta tarde mismo.

—Pues anota la dirección: Avenida de Chasepeake número 200. Es un viejo lugar aristocrático. Siguiendo las orillas del Potomac lo encontrarás enseguida.

—Lo conozco. Tengo algunos clientes allí.

Y John Aster colgó.

Edgar depositó también el teléfono en la horquilla mientras consultaba la hora reflexivamente. Había tenido mucha suerte, después de todo. John Aster, que antes era un muerto de hambre, estaba subiendo como la espuma. Conocía muy bien su oficio, claro que lo conocía. Y en sólo una semana podía hacer milagros con Jezabel.

Fue a su coche y recogió unas pastillas. Pero luego las dejó, porque eran demasiado fuertes. Tomó en cambio otras que producían poco más efecto que el agua pura. Sólo servían para sugestionar al paciente y hacer que este creyera que se le sometía a tratamiento.

Con ellas en la mano, entró de nuevo en la casa.

Y pensó que había hecho bien en llamar a John Y que había hecho mejor en darse prisa.

Un minuto después ya hubiera sido demasiado tarde.

Porque Jezabel Wagram se había desplazado velozmente con su silla de ruedas hasta el otro lado de la casa, y ahora tenía en su derecha un enorme cuchillo de cocina.

CAPÍTULO II

—No, no lo anotaremos como intento de suicidio —dijo el sargento, mientras cerraba su bloc de notas—, pero tampoco podemos dejar las cosas así, ¿comprende? Pondré a un hombre aquí. Él se encargará de que todos los cuchillos y objetos de cierto peligro estén bien guardados.

El doctor Edgar asintió.

Había tenido que llamar a la policía, porque él solo no podía dominar a Jezabel. Y gracias a eso logró que ella se calmase porque al oír las sirenas del coche patrulla la hermosa y joven viuda se derrumbó moralmente. Dijo que nadie de su familia había pasado jamás por aquella espantosa vergüenza. Y a partir de ese momento no se atrevió ni a mirar a nadie.

El sargento abrió la puerta y dio un codazo al médico.

—Hermosa chica, ¿eh?

—Sí, por eso lo que le suceda es más terrible.

—Lo que necesita es un médico, no un policía.

Edgar señaló hacia la calle.

—Pues ahí viene el médico. Justo el que ella necesita.

En efecto, un «Cadillac» descapotable, de carrocería roja y tapicería en piel blanca, acababa de detenerse ante la casa. Incluso en el país de los coches despampanantes, había que tener mucha plata para llevar un acorazado así. La puerta se abrió y del vehículo descendió un hombre joven, elegante, de aspecto deportivo, cuya tez atezada hablaba de más horas pasadas al aire libre que en el silencioso despacho donde oía las secretas confidencias de sus clientes.

Hizo un alegre saludo al ver a Edgar.

—¿Qué hay, profesor?

—No me llames profesor, caramba. Por cierto, te presento al sargento Bradley.

Los ojos del joven médico —tenía entonces treinta años justos— se ensombrecieron al ver al policía.

—¿Acaso...? —balbució.

—No, no... —le tranquilizó Edgar—. Lo ha intentado, pero las cosas no han ido más allá.

El sargento hizo un saludo y se alejó hacia el coche patrulla, cuyas luces rotatorias seguían girando ahora silenciosamente en el techo, prestando tonos irisados a la semioscuridad de la tarde.

Un policía se quedó por los alrededores.

Era el encargado de entrar luego en la casa y advertir a los criados para que hasta el más humilde cortaplumas desapareciese.

Edgar susurró:

—Voy a dejarte solo, muchacho.

—Sí, es mejor.

—En el caso de que te presentara como un sicoanalista, ella se negaría a escucharte.

—Suele suceder. Me presentaré como un amigo de su difunto marido.

—Muy bien.

Los dos hombres se estrecharon las manos y siguieron caminos opuestos.

John Aster entró en la casa, cerrando la puerta a su espalda.

Vio lo que ya imaginaba: una mansión señorial que se caía a pedazos, y en la que hacía falta invertir mucho dinero para que volviese a tener la prestancia de otro tiempo. Vio también el único signo externo delator de que allí hubiese una paralítica. Para llegar al piso superior se había instalado una rampa con un cable provisto de un gancho. Bastaba sujetar la silla a él y oprimir un resorte muy parecido a un *demarré* de un coche. Un motor eléctrico situado arriba tiraba del cable y subía la silla sin esfuerzo alguno para su ocupante. Para bajar se empleaba un procedimiento idéntico, pero el cable, en lugar de recogerse y subir, bajaba al destensarse poco a poco.

John recorrió toda la parte inferior de la casa sin ver a nadie...

No le cabía duda de que la dueña había subido a la otra planta.

Por eso él ascendió ágilmente las escaleras y se encaminó al piso superior.

Fue abriendo las puertas.

La casa tenía muchos dormitorios bien amueblados, pero con muebles ya pasados de moda. Las camas estaban hechas y cubiertas con fundas. Igual sucedía con los otros muebles, que en medio de la penumbra parecían silenciosos fantasmas.

Al fin entró sin llamar en una habitación donde las luces estaban escondidas, para disipar las primeras sombras de la tarde.

En el centro de esa habitación estaba una mujer con una silla de ruedas.

Lloraba silenciosamente.

¡Demonios con la viudita Wagram!

Ella se sobresaltó de pronto, al oír un ruidito en la puerta.

Alzó la cabeza, vio al hombre y se arregló instintivamente la falda lo mejor que pudo.

—¿Quién es usted? —farfulló.

—Perdone si la he molestado. Usted es la viuda Wagram.

—Sí.

—Vengo de Nueva York. Nueva York no está lejos, pero a veces uno no se entera de las cosas a tiempo.

—¿De qué no se ha enterado usted?

—De la muerte de su marido. De la muerte del pobre Jack. No lo he sabido hasta hoy cuando, al venir a Washington y encontrar a otro amigo en la calle, me ha dado la triste noticia.

—¿Usted era amigo de Jack?

—Mucho. Compañeros de escuela.

—¿Cómo se llama?

—John Aster.

—Nunca me lo mencionó.

John Aster buscó con los ojos y encontró en una de las paredes uno de esos viejos retratos casi amarillentos ya en los que un grupo de niños vestidos de escolares parecen mirar a un futuro incierto, que ninguno de ellos sabe lo que va a depararles.

Señaló rápidamente a uno de los muchachos (que más o menos se parecía a él) mientras sonreía con desenvoltura.

—Pues es extraño que no me mencionara, porque éramos buenos amigos —dijo—. Mire, soy éste de aquí.

Jezabel apenas dirigió los ojos hacia la fotografía. Daba por sentado que él decía la verdad.

—Jack murió hace un año —dijo—. Un horrible accidente. No sé

si ese amigo le habrá contado las circunstancias.

—Sí, algo me dijo acerca de eso. Y yo venía... En fin, sé que es una tontería decirle, al cabo de un año. Pero lo cierto es que acabo de enterarme, y para mí es como si hubiera sucedido ahora. Quiero darle el pésame y ofrecerle por si le soy necesario en algo.

Ella seguía sin mirarle.

—No, gracias, no necesito nada.

—Pues... yo diría que sí.

—¿En qué se funda?

—Está usted asustada.

—¿Ha visto la policía al llegar aquí? —preguntó Jezabel, con un gesto de alarma.

John Aster mintió:

—No, no la he visto.

—¿Y entonces por qué cree eso?

—Me basta con mirar su expresión.

—¿Entiende usted de expresiones? —preguntó ella, con un cierto temblor de sus labios, como si se fuera poniendo muy nerviosa.

—Pues... pues sí.

—¿Y por qué?

John Aster sabía que estaba en un momento delicado pero en esas circunstancias es siempre mejor decir la verdad, de modo que la soltó.

—Soy médico sicoanalista.

—Lo celebro. Pero aquí nada tiene que hacer, señor Aster.

—Oh, claro que no. Ya le he dicho a qué he venido. En fin, si no me necesita...

—No, señor Aster.

El abrió de nuevo la puerta, disponiéndose a salir.

Por descontado que no pensaba ir muy lejos. Estaba dispuesto a montar cualquier clase de melodrama para quedarse. Incluso fingir que se rompía un pie en la escalera... Pero no hizo falta, porque ella le llamó cuando aún no había salido.

—Señor Aster...

—Dígame, señora Wagram.

—No quiero que tome a descortesía mi actitud. Estoy cansada, estoy muy abatida. Me gustaría invitarle a una copa. Sepa que, de

un modo u otro, le agradezco el que haya venido.

—Es usted una verdadera señora —elogió John— pero por mí no debe molestarse.

—¿Quiere acompañarme a la sala? Está al extremo del pasillo. Allí hay un mueble bar bien surtido.

—Con mucho gusto.

Y John Aster empujó suavemente la silla, sacando a la hermosa mujer de la habitación. Salieron al pasillo. Y lo primero que le pareció notar entonces fue que aquella casa no era como las otras.

¿Por qué aquella extraña penumbra? No era tan tarde después de todo, y sin embargo allí no había casi luz. Todo el pasillo estaba lleno, estaba cargado de espesas sombras. Se oían ruidos furtivos, susurros, lejanos roces como si la casa estuviera llena de gente. Y sin embargo allí no había nadie. ¡Estaban solos los dos! ¡El mismo lo había visto!

—¿Por qué no encendemos las luces del pasillo? —musitó él.

—Oh no hace falta. Es aquella puerta.

Llegaron a ella.

Era una puerta marrón, enorme, solemne, como la entrada a un panteón funerario.

—Abra, por favor.

El abrió y empujó la silla.

¿Cuántos años hacía que no sentía una cosa así? ¿Cuántos años que no le impresionaban tanto unos muebles enfundados en sábanas blancas? ¿Por qué veía él sombras en aquella habitación, igual que si cien ojos le estuvieran espionando?

Preguntó con voz que quería ser tranquila:

—¿Dónde está la luz?

—Al otro lado de la habitación.

—¿No se puede encender desde la puerta?

—No.

—Vaya... Pues es un bonito defecto.

—Es que antes la entrada estaba al otro lado. ¿Ve aquella puerta? Pues junto a ella se encuentra el interruptor de la luz. Y como había que cambiar casi toda la instalación, lo dejamos.

—Ah... Ya comprendo.

—¿Es que no le gusta esta penumbra?

—No. Bueno... Quiero decir que me es indiferente.

—¿Ha estado en la planta inferior?

—Sí, claro.

—Habrá visto otro mueble bar.

—Desde luego.

—Los vasos están allí. Por favor, traiga un par de ellos, si no le molesta.

John Aster fue a obedecer automáticamente, pero de pronto vaciló. Un pensamiento le detuvo como si fuera un muro de cristal contra el cual se hubiese estrellado.

—Oiga... ¿Y voy a dejarla sola aquí?

—¿Por qué no?

—Pero con esa penumbra.

Ella le miró de repente, con sorpresa, como si no le entendiera.

—¿Cree que tengo miedo? —preguntó.

—No, supongo que no.

Y de pronto pasó por su cabeza aquel terrible pensamiento: «Es una visionaria de las que disfrutan con sus visiones. Ella misma las busca. En el fondo se siente a gusto entre esos fantasmas horribles, porque es como ellos. Va a ser un caso difícil...»

Iré a buscar esos vasos —dijo—. No se mueva de aquí.

—¿Cómo quiere que lo haga? —susurró ella.

John Aster bajó. Lo hizo con cierta rapidez, porque no se sentía tranquilo.

Un hombre en sus circunstancias, hace automáticamente una serie de cosas de las que ni siquiera se da cuenta. Por ejemplo Aster se preocupó cuidadosamente, mientras bajaba, de dominar con su campo visual todo el pasillo superior, para convencerse de que nadie podía acercarse por la espalda a Jezabel Wagram. Y se preocupó también, instintivamente, de ver que ninguna de las puertas se abría.

Llegó al piso inferior.

Y fue entonces cuando oyó aquel grito ahogado, aquel grito angustioso, lacerante, donde se mezclaba el miedo la desesperación y el asco.

Y no fue eso solo.

Porque arriba, en la habitación, donde estaba Jezabel la luz se encendió y se apagó.

Se encendió y se apagó dos veces.

CAPÍTULO III

A John Aster le faltó tiempo para volver sobre sus pasos y subir al galope la escalera.

No llevaba armas, pero sus puños eran de primera calidad. Y además sospechaba que contra aquella clase de enemigos las armas le hubieran servido de bien poco.

De un modo instintivo también se fijó en una serie de cosas mientras subía.

Por ejemplo en que ninguna de las puertas se había abierto. Y en que nadie podía haberse acercado por la espalda a Jezabel.

Ésta se hallaba reclinada en la silla, de costado, como si fuera a caer. La cabeza le colgaba a un lado. Parecía haberse desmayado, pero John notó que tenía los ojos abiertos y que respiraba fatigosamente.

No se veía a nadie en la habitación.

Ésta no tenía más puertas que la que ellos tapaban parcialmente y la que había al otro lado, que seguía cerrada. A pesar de la penumbra, podía distinguir a la perfección los muebles enfundados, las cortinas y los cuadros. Resultaba muy difícil, o imposible, que nadie se ocultara allí.

Además él había visto en todo momento la espalda de Jezabel.

Ella no se había movido de la silla de ruedas.

Cerca no había ningún conmutador de la luz. Efectivamente, el que había estaba en el otro lado.

¡Y la luz, sin embargo, se había encendido y apagado dos veces!

John Aster sintió que una cosa fría le subía y le bajaba por la espalda.

Pero era ridículo asustarse ahora, y por eso se sobrepuso. Con gestos naturales fue hasta el mueble bar que estaba a la derecha. Lo abrió y sacó una botella de *whisky*. La destapó y acercó el gollete a los hermosos labios de la mujer.

—Por favor, beba —susurró.

Ella bebió sólo un sorbo.

Luego estuvo un rato sin poder hablar, con las manos agarrotadas sobre el pecho, como si el corazón le doliera. Pero John Aster notaba que se iba rehaciendo poco a poco.

Y notó algo más: aquella mujer estaba venciendo al miedo. A todo se acostumbra uno, hasta al horror, a las visiones y a la muerte. Y Jezabel Wagram estaba ya en ese camino de habituarse a lo imposible.

—No hable si no quiere —musitó John.

—Nada ganaré... con callar.

—¿Qué ha ocurrido?

—Lo he visto a él.

—¿A su marido?

—¿Cómo lo sabe?

—Supongo que se refiere a él, claro. A alguien que murió.

Jezabel no contestó ahora.

Había vuelto a dejar caer la cabeza a un lado, como si no tuviera fuerzas.

—¿Por dónde ha entrado? —musitó Aster.

—No ha entrado. Estaba aquí.

—¿Y dónde está ahora?

—Se ha ido.

—¿Por dónde?

Ella le miró como si preguntara: «¿Qué tontería quiere saber? ¿Es que piensa que un muerto necesita las puertas para entrar en las habitaciones?».

Aster lo comprendió así y fue por otro camino.

—¿Qué hacía?

—La cosa más natural del mundo. En esta habitación solía antes fumar siempre.

—Ha encendido un cigarrillo, claro.

John Aster hizo un gesto de incredulidad.

Bueno, aquello ya estaba llegando demasiado lejos.

Eso de que los muertos entren en las habitaciones, enciendan un cigarrillo y se vayan es algo que ya escapa a los límites de las pesadillas para entrar en el campo de la locura permanente.

Había para sentir pena de una mujer a la que le ocurrían tales

cosas.

Con aquellas piernas...

—Por supuesto, no me cree —dijo ella en voz baja.

—Pues... Bueno, la verdad es que yo quisiera creerla.

Jezabel alzó levemente la mano.

—Entonces, mire.

Le señalaba una mesa cercana a la otra puerta, y sobre la cual flotaba una penumbra que era ya casi oscuridad. Pero de todos modos John Aster pudo ver lo que ella le indicaba.

Era un cenicero donde había un cigarrillo.

Aquel cigarrillo estaba casi apagado, y por eso no se distinguía la brasita a distancia. ¡Pero aún despedía unas volutas de humo! ¡Lo habían encendido apenas unos momentos antes!

John Aster sintió lo mismo que si le hubieran atizado en mitad del cráneo con una maza.

Por un momento sus ojos se desorbitaron. A pesar de que era un hombre frío —terriblemente frío a veces— ahora no pudo evitar que se le cortara la respiración y que se le secara la boca.

Todo aquel ambiente sobrenatural que flotaba en la casa pareció penetrar en él.

Quiso avanzar y permaneció quieto, con los pies clavados en tierra.

Pensó miles de cosas en sólo unos segundos, porque su cerebro trabajaba ahora frenéticamente, como si despidiera ondas a la velocidad de la luz.

Pero de esas cosas, dos fueron fundamentales.

Primera: él había visto que Jezabel no se movía de la silla.

Segunda: nadie había entrado en la habitación, a no ser por la puerta que él tenía enfrente.

Sí, eso tenía que ser.

¡Aquella maldita puerta!

Todas las cosas de este mundo —y seguramente también las del otro— tienen una explicación lógica y John Aster se dispuso a averiguar lo que había detrás de todo aquello.

De modo que apretó los labios, cruzó la habitación y llegó a la puerta frontera.

A pesar de que no estaba cerrada con llave, se la notaba agarrotada, como si no hubiera sido abierta en mucho tiempo.

John Aster hizo acopio de fuerzas.

Se abría empujándola, de modo que casi se lanzó en plancha.

La puerta cedió.

Y John Aster lanzó un grito, mientras sus ojos se desencajaron de horror.

Él no fue responsable ni de su grito ni de su miedo. Ambas cosas fueron instintivas, pero le sirvieron para conservar la piel.

Porque pudo sujetarse en el último momento a las jambas de la puerta.

Pudo evitar saltar al vacío, cuando ya le parecía volar por los aires.

Porque detrás de la puerta no había nada. Sencillamente eso: nada. La puerta se abría al vacío, a la altura de un primer piso, dando directamente sobre unas grandes losas de piedra de un patio lateral. Caso de caer sobre ellas con el impulso que llevaba, era muy probable que se hubiese destrozado la cabeza, quedando muerto allí mismo.

Respirando fatigosamente, volvió hacia atrás.

Lo hizo como un borracho, sujetándose a todas partes.

Aún no estaba muy seguro de hallarse en terreno firme.

Cerró la puerta y se apoyó en ella, como si estuviera terriblemente cansado. La habitación parecía dar vueltas en torno suyo. Le pareció como si Jezabel, que seguía quieta, estuviera muy lejos.

Ella no había despegado los labios.

—¿Usted sabía esto? —jadeó John Aster.

—No me dejó decírselo.

—Pude... haberme matado.

—Obró con tanta rapidez que no pude advertirle. Antes la casa se prolongaba por el otro lado ¿sabe? Pero en vista de que una parte amenazaba ruina decidimos derribarla y esa puerta quedó así, abierta al vacío. Creí que ya lo había visto al entrar.

—La verdad es que... no me fijé. Y además; ¿quién lo hubiera imaginado?

—No se preocupe, el caso es que se ha salvado usted, señor Aster.

—La que no parece muy preocupada es usted.

—Yo..., yo estaba pensando en otra cosa, señor Aster.

El se pasó una mano por la mandíbula, lentamente. Y de pronto, aunque no le gustaba ni mucho menos no tuvo más remedio que pensar lo mismo también.

Lo de la pesadilla era cierto, después de todo.

Ni un pájaro pudiera haber entrar por aquella puerta cerrada y además colgada en el vacío.

Pero entonces... ¿qué?

Ella musitó.

—¿Me cree ahora, señor Aster?

El asintió.

No hubiera querido hacerlo, pero cuando se dio cuenta su cabeza, en contra de su voluntad, se había movido afirmativamente.

Había entrado en el reino de la muerte, y lo peor era que no sabía cómo salir.

Era su prisionero.

CAPÍTULO IV

El hotel era antiguo y había albergado en años anteriores a personajes muy importantes de la política norteamericana. El presidente Taft solía albergarse en él cuando quería estar en Washington y al mismo tiempo no vivir en el centro de la capital. Eso cuando aún no era presidente, sino un político que prometía. Y lo mismo había sucedido con Franklin Delano Rossevelt.

Antaño fue, pues, un hotel distinguido en aquel barrio de gentes distinguidas, pero los tiempos habían cambiado mucho. Ahora no pasaba de ser una antigualla, y si John Aster lo eligió no fue por su ambiente recargado y rococó ni por su selecta historia, sino porque quedaba casi enfrente de la casa de Jezabel.

Cuando se encerró allí, hacia las nueve, aún le parecía estar viviendo un sueño.

Había visto algo increíble. ¡Y lo había visto con sus propios ojos!

Se tendió en la cama y se recetó a sí mismo algo que no hubiera recetado a sus clientes: un *whisky* triple. Pero cuando lo hubo bebido aún veía las cosas con más confusión que antes.

Sin embargo tenía que haber una explicación.

¡Por fuerza tenía que haberla!

Se acercó a la ventana y descorrió las cortinillas levemente. Podía ver con casi absoluta perfección la casa frontera, que era la de Jezabel. Y a través de la única ventana iluminada la veía también a ella en su silla de ruedas.

Otras dos personas empezaron luego a moverse en la casa.

Eran los dos criados, a los que había visto llegar.

Pero Jezabel permanecía quieta, silenciosa y daba a veces la sensación de haber muerto sobre su silla de ruedas. Sólo la vio moverse una vez, para ajustar el tono del tocadiscos que debía estar escuchando. Al fin apagó las luces y se debió desnudar a oscuras. El silencio y el misterio se abatieron otra vez sobre la casa.

John Aster decidió que era mejor dormir.

Pero no, no podía moverse de aquella ventana.

Algo le obsesionaba.

Y como sabía perfectamente lo que era, decidió salir de dudas de una vez.

Registraría la casa entera.

Aún a riesgo de obrar como un ladrón, no dejaría sin remover un ladrillo de aquella maldita mansión de todos los diablos.

Por eso salió del hotel, siguió calle abajo, y, por la zona más oscura, cruzó la calzada.

Se fue acercando a la casa de Jezabel por la parte trasera.

Todo estaba a oscuras, y lo único que alumbraba el paraje era la luna en cuarto menguante. Esa luz casi irreal hacía que la casa apareciera como una mole misteriosa y blanca.

John Aster era un hombre observador, y al salir antes ya se había fijado bien en todos los sitios que le permitieran entrar sin ser visto.

Había una puertecilla en la parte trasera.

Antiguamente los proveedores de mercancías debían entrar por allí. No debía ser demasiado difícil forzarla. John Aster lo probó con algunas piezas de su estuche de instrumental médico que siempre llevaba consigo. Aunque él no lo necesitaba, dada su especialidad, lo llevaba por costumbre. Y ahora se alegró, porque uno de los finos bisturíes le sirvió para forzar la cerradura.

La puerta se abrió con un chasquido.

Conocía relativamente la casa por haberla recorrido antes, buscando a su dueña. De modo que se orientó con facilidad a través de la gran cocina y luego salió al vestíbulo principal. Desde allí ya lo era muy fácil seguir.

Lo miraba todo atentamente, mirando cada recodo, cada mueble, hasta la posición de cada cortina.

Según le parecía a él, ni un gato negro hubiera podido pasar desapercibido a sus ojos.

Eso creía John Aster, al menos.

Pero se equivocaba del todo. Porque no vio aquella figura negra, aquella figura humana que le contemplaba silenciosamente desde la baranda del piso superior.

CAPÍTULO V

Aquella sombra llevaba las manos enguantadas de negro.

No tenía nada de sobrenatural, sin embargo. Correspondía a un hombre de unos veintiocho años, alto y atlético, de facciones enérgicas y duras, que parecían trabajadas por los golpes en un *ring*. Y si Aster se había movido con el silencio de un gato, aquel hombre se había movido con el silencio de una sombra.

Lo vio desde arriba.

Y con movimientos ágiles se deslizó a lo largo de la baranda. Hubo un momento en que estuvo materialmente encima de la cabeza de John Aster.

Entonces saltó.

Su salto fue limpio, perfecto.

Cayó sobre John Aster y lo derribó como si fuera un muñeco. Pero John Aster no era un muñeco precisamente. Ni un pelele. Se revolvió furiosamente, empleando su musculatura de campeón.

El hombre que le había atacado salió volando por los aires.

Pero no era tampoco un alfeñique. Oh, no. Todo lo contrario... Dio una voltereta completa y cayó de pie. Cuando Aster se levantó también, ya lo volvía a tener materialmente encima. Y el desconocido le propinó dos terribles cruzados que lo enviaron al otro lado de la pieza.

John Aster comprendió que por aquel lado estaba perdido. Su desconocido adversario tenía unos puños mucho más duros que los suyos, a pesar de que Aster no los tenía de mantequilla precisamente. Con un seco movimiento extrajo el bisturí que le había servido para abrir la puerta.

Pero no llegó a usarlo.

En aquel momento se encendieron todas las luces del vestíbulo, cegándolos a los dos como les hubiera cegado un relámpago.

Alguien había movido el conmutador, arriba.

Oyeron también un ruidito parecido a un zumbido, y entonces vieron algo más. La silla descendía por la rampa, sujeta al cable que se iba destensando poco a poco. En esa silla iba Jezabel. Los dos adversarios quedaron boquiabiertos.

Permanecieron quietos, mirándola, mientras la silla descendía por la rampa. Y cuando las ruedas tocaron el suelo, el motor se detuvo automáticamente.

Ella les miró a los dos.

Era evidente que no conocía al adversario de John Aster, a juzgar por la expresión de desorientación con que sus ojos lo analizaron.

Y entonces se produjo una de esas situaciones curiosas que sin embargo se dan con tanta frecuencia. Ninguno de los tres pareció saber qué decir. Se miraron en silencio, hasta que John Aster lo rompió con una pregunta dirigida al desconocido.

—¿Quién es usted?

—¿Y usted?

—Eso no importa. ¿Por qué me ha atacado?

—Creí que era un ladrón.

John Aster tragó saliva.

Sí, ciertamente, cualquiera hubiese podido confundirle con un ladrón, pero eso no explicaba otras cosas.

—¿Y usted, por qué ha entrado aquí? —murmuró.

—Quería examinar la casa.

—¿Queeeeé?

—Me ha oído muy bien. Examinarla.

—Pero eso es ridículo... —dijo Jezabel, rompiendo ahora ella el silencio.

—No tanto —murmuró el desconocido—. Acabo de llegar de Washington y no me quedaba tiempo para gastarlo en formalidades. Mañana a las nueve he de tener tomada una decisión.

—¿Qué decisión?

—La de si me quedo con todo esto o no —dijo el hombre.

—¿Está... loco?

—Estoy hablando de un asunto legal que usted conoce perfectamente. No sé por qué razón habría de estar loco.

—¿Qué asunto legal?

—¿Ha olvidado las hipotecas que tiene esta casa? No parece

usted dotada de muy buena memoria, la verdad.

Jezabel se llevó un instante la derecha a los ojos.

Era como si un viejo asunto que creyó arrinconado para siempre volviese a ella. Puso esa cara que se pone cuando un acreedor al que ya habíamos olvidado viene a pedimos dinero. Al fin retiró la mano de sus ojos y miró fijamente al hombre.

—Usted —susurró— debe ser Bigman.

—Sí.

—Recuerdo que antes de la muerte de mi marido había negociado una hipoteca sobre esta casa... El necesitaba mucho dinero para un negocio que tenía que ser rápido y muy provechoso, pero desgraciadamente las cosas no marcharon así. Todo se perdió.

—Lo cual no debió ser obstáculo para que usted pagara los intereses y el capital. La hipoteca era muy breve: un año. Usted misma tuvo interés en que fuera así, ¿recuerda? Porque al cabo de un año pensaba tener muchísimo dinero... Bueno, supongo que el Banco le advertiría de que el plazo había vencido.

—Sí —dijo Jezabel, con expresión aturdida—, pero con tantas cosas lo había olvidado.

—¿Qué son «tantas cosas»?

—¡A usted no le importa! —gritó John Aster.

—Cierto, no es asunto mío. Pero de todos modos no olvide una cosa. Mañana a las nueve esta casa se vende en pública subasta. A usted le conviene comparecer.

—Ya ve que no podré.

—Pues designe un representante. Si paga la suma a que asciende la hipoteca, más los intereses y costas, la casa será nuevamente suya y no estará sujeta a ninguna carga. En caso contrario es muy probable que otra persona pase a ser su dueño.

—¿Usted por ejemplo?

—Es más que posible. Como yo ya entregué el dinero de la hipoteca, pagando un poco más la casa será mía. Por eso quería saber si el edificio valía la pena.

—Y ha entrado como un ladrón.

—Bueno, opine sobre eso lo que mejor la parezca.

—¿Sabe que podría denunciarle por allanamiento de morada?

—Es muy posible —dijo Bigman—. En fin, hágalo.

Y volvió a mirar en torno suyo, como valorando mentalmente lo

que aquella casa podía valer.

Era un hombre muy joven y muy fuerte. Hubiera estado mejor en un *ring* que haciendo tasaciones inmobiliarias. Al fin se encogió de hombros.

—No sé si haría buen negocio o no —dijo.

—¿Y si se vende la casa qué? ¿Esta mujer irá a la callé? —masculló John Aster.

—No he dicho tanto. Puede que se la alquilara.

—¡No tiene compasión ni tiene vergüenza! ¡Se trata de una parálitica!

Jezabel hizo un gesto amplio con la mano derecha, como queriendo cortar la discusión entre los dos hombres.

—No necesito que nadie tenga compasión de mí —dijo—. Usted no me comprenderá, señor Aster, pero después de lo que he visto hay ciertas cosas de este mundo que ya me importan muy poco.

—Sí... La comprendo muy bien, Jezabel.

—Deje que el señor Bigman se harte de mirar lo que quiera. Está en su derecho, ¿no? Puede dar una vuelta por las habitaciones superiores, señor Bigman. Así verá mejor lo que vale esta casa.

Bigman la miró.

No se fijaba en sus piernas y en su tentadora cintura, sino en su cara.

Diríase que le preocupaba muy poco la belleza del cuerpo de aquella mujer.

—Supongo que un caballero diría que no quiere hacer eso —susurró—, pero yo no soy un caballero. Acabo de llegar —desde Seattle, en el noroeste y tengo que ver este casa antes de tomar una decisión mañana. De modo que voy a dar una vuelta, ya que usted es tan amable que me invita.

Y subió al piso superior.

John Aster apretó los puños, mirándole mientras el otro se perdía por las alturas de la escalera.

—Ese maldito leñador del Oeste —masculló—. Nunca he tenido tantas ganas de aplastarle las narices a un hombre.

—Déjelo. No se preocupe por él. Al fin y al cabo esto tenía que suceder un día u otro.

¿De verdad no se acordaba de esa hipoteca?

—Han pasado tantas cosas últimamente que había llegado a

olvidarla.

—Si yo puedo ayudarla en algo.

—No se preocupe. Es demasiado dinero, y de todos modos yo ya no necesito esta casa. Quizá sea mejor perderla. Pero ahora que me doy cuenta... ¿qué hace usted aquí?

—Es difícil de explicar.

—Inténtelo.

—Quería averiguar, si es posible, qué hay detrás de todo esto. Las cosas tienen una explicación natural, ¿no es así? Y yo estaba dispuesto a averiguar quién pudo dejar allí aquel cigarrillo encendido.

—Ya se lo dije, ¿no?

Él se había puesto un cigarrillo en los labios, pero al final lo retiró con un gesto brusco.

—Aquello era absurdo.

—Pero existió.

—Sí, desde luego. Y yo quiero saber por qué... No sé lo que buscaba al entrar en esta casa pero buscaba algo. Tal vez puertas secretas. Tiene que haber una explicación.

—Explicación la habrá, peyó puertas secretas no las hay. Eso se lo aseguro. La casa no es tan vieja. Se construyó, según creo, en mil novecientos veinte.

Era otra época —susurró John Aster—. Entonces las casas señoriales eran un lujo que ciertas personas aún se podían permitir.

Y encendió el cigarrillo, procurando que sus gestos fueran tranquilos.

—Usted ha visto... ¿ha visto otras veces a su marido? —susurró.

—Sí.

—Después de muerto...

—A eso me refería.

—¿Y... cómo está?

—Completamente abrasado.

—No debe resultar un espectáculo... muy tranquilizador, que digamos.

Yo ya no le tengo miedo. Sé que usted no me entenderá pero ya he llegado a acostumbrarme.

El retiró otra vez el cigarrillo de sus labios, como si el humo le ahogara. Y eso a pesar de que era un fumador empedernido.

—¿Y sus ropas? ¿Cómo son sus ropas? —musitó.

Están quemadas también. Sólo son jirones.

—¿Y... y hace algo especial?

—Sí. Aunque... Bueno, tal vez no sea nada especial. Suele hacerme unas señas con un pañuelo.

John Aster se estremeció.

—¿Unas señas? ¿De qué clase?

—Como si se despidiese.

—¿Y eso tiene algún significado?

—Sí. Cuando se fue en el coche... Cuando se fue en aquel viaje del que no tenía que volver... Recuerdo que saco una mano por la ventanilla, al tomar la curva de la calle. Y me hizo unas señas con el pañuelo, despidiéndose. Exactamente las mismas señas que hace ahora.

John Aster permaneció silencioso, pensativo.

El humo seguía quemándole en la garganta.

—¿Y el pañuelo? ¿También estará quemado? —susurró.

—Sí. Son sólo unos jirones.

Otra vez el hombre se estremeció. Otra vez sintió como si fuera a perder el dominio de sí mismo.

—Eso es absurdo —dijo al fin—. Completamente ridículo. Debe olvidar, Jezabel. No son más que alucinaciones.

Y se llevó de nuevo el cigarrillo a los labios. Pero en ese momento el hombre con quien se había peleado poco antes, el atlético Bigman, apareció en la baranda superior.

—Eh —murmuró—. La gente que se ocupa de la limpieza de esta casa, no lo hace muy bien, que digamos. Mire lo que se habían dejado en una de las habitaciones. ¡Menudo pringue!

Y dejó caer algo desde el piso superior.

Jezabel y John Aster lo vieron caer poco a poco. Mientras parecía flotar en él aire, dar vueltas sobre sí mismo como una pluma, vieron ya lo que era. Los dos lo supieron antes de que cayera al suelo.

Pero una vez allí pudieron verlo mejor, pudieron convencerse totalmente, puesto que aquel sencillo objeto cayó entre los dos.

Era algo muy sencillo: un pañuelo.

Pero un pañuelo quemado totalmente.

CAPÍTULO VI

John Aster se enteró por teléfono de que la subasta señalada para las nueve había sido aplazada hasta las cinco de la tarde, y a las cuatro ya estaba de nuevo en casa de Jezabel. Conducía un magnífico coche en cuyo equipaje posterior cabía perfectamente una silla de ruedas plegada. Llamó a la puerta y le abrió una vieja criada que llevaba un aparato para la sordera.

John Aster no necesitó preguntarle nada. Comprendió enseguida por qué la noche anterior no se había enterado de que hubo puñetazos en la casa. Si la otra criada era igual...

Sólo al entrar ya vio que era peor.

También llevaba un aparato para la sordera, como si fuera gemela de la otra, y se movía perezosamente por las habitaciones, como si pensara que en aquella casa no había nada que hacer.

Jezabel descendió con su silla por medio del cable.

Resultaba muy extraño verla bajar así, del piso superior, recordando un funicular de montaña que desciende lentamente. ¿Qué pasaría si un día aquel cable se partía en dos pedazos? Posiblemente la mujer se matara. La altura no era excesiva, pero la velocidad con que bajaría sería tremenda.

Ahora Jezabel ya no llevaba las coquetonas ropas de la noche anterior, claro. Ahora vestía un dos piezas negro muy elegante, y sobre su cabeza llevaba un sombrerito con un velo negro.

Cuando estuvo abajo, se inclinó un poco para desenganchar el cable y murmuró con una sonrisa:

—Has sido muy amable al llamarme para que estuviera preparada, John.

—Te acompañaré al juzgado para que asistas al acto de esa subasta. Creo que es necesario que lo hagas.

—¿Pero, por qué? No puedo hacer nada para evitar el desastre. No tengo ningún dinero.

—De acuerdo, pero en todo caso hay que estar allí. Cuando un desastre se le viene encima a uno, de nada sirve esconder la cabeza. No entiendo de procedimientos legales, pero quizá se pueda rogar, conseguir un aplazamiento... En todo caso hay que estar allí.

—Te preocupas demasiado por mí, John.

—Lo hago porque estás muy sola.

Empujó la silla por detrás y la hizo rodar poco a poco hacia la salida. El magnífico «Continental» esperaba fuera. John Aster abrió la portezuela de la derecha.

Sacó a Jezabel de la silla, alzándola en sus brazos, y la depositó blandamente en el asiento. Luego plegó el artefacto, lo introdujo en el portaequipajes, dando la vuelta para sentarse él ante el volante.

—El juzgado está en plena avenida de Pennsylvania, en un edificio no demasiado nuevo —explicó—. Llegaremos allí en media hora.

—Te estás molestando demasiado por mí, John.

—¿Crees que es molestia?

—Bueno, no sé qué pensar.

El sonrió.

—Ha sido muy agradable tenerte en brazos, Jezabel.

—¿No peso demasiado?

—Estás en el punto exacto en que una mujer debe estar.

—Debería hacer más ejercicio, pero no puedo... Quizá me esté engordando un poquito.

El miró de soslayo sus rodillas redondas, el nacimiento de sus muslos mórbidos, que las finas medias hacían más atractivas aún.

Tuvo que frenar porque se echaba encima de un camión.

Y decidió que sería mejor dejar de mirarla.

—Esa parálisis, ¿es muy vieja? —musitó.

—No. Sólo unos meses.

—¿Y qué dicen los médicos?

—El que me atiende es el viejo médico de mi familia, el doctor Edgar. El cree que todo tiene una raíz nerviosa. Que si consigo vivir como las demás personas me curaré.

—Lo cual significa que esos sobresaltos nocturnos no hacen más que ponerte peor.

—Así es.

—Quizá debieras trasladarte de casa.

—No. Porque ha sido como si él me diera una orden.

—¿Quién?

—El.

John Aster no insistió.

Pero pareció como si sus manos temblaran un momento sobre el volante.

—Fue como un pensamiento repentino —susurró ella con la mirada perdida—. «Tienes que volver allí, Jezabel», me indicó la voz. Y te juro que oía esa voz perfectamente, aunque fuera dentro de mí misma. Tuve miedo, mucho miedo de desobedecer. De modo que lo dispuse todo y volví a la casa de mis padres.

John Aster no insistió.

Prefería no hablar de aquello.

Se estacionaron en el aparcamiento del juzgado, en la Avenida de Pennsylvania. John Aster hizo con la mujer la misma operación, pero a la inversa que al salir de la casa. Y así empujando la silla de ruedas, entraron en el edificio del juzgado.

La sala de subastas estaba casi desierta. El juez y el secretario del juzgado ya habían dado principio a la subasta. Jezabel tuvo una gran sorpresa al ver que allí no estaba Bigman.

Y John Aster también la tuvo, no hay que negarlo.

¿Por qué Bigman, el más interesado, no estaba allí? ¿O acaso mintió sobre sus motivos para entrar en la casa? ¿Acaso aquellos motivos fueron realmente otros?

Hubo un movimiento de expectación al ver entrar allí a aquella hermosa mujer prisionera en una silla de ruedas.

Pero luego la subasta continuó. Jezabel se dio cuenta con sorpresa, de que nadie ofrecía nada, de que aquellos tipos estaban allí como simples mirones. Al fin el juez dio un malhumorado golpe de maza sobre la mesa y declaró la subasta desierta.

—Se celebrará otra dentro de una semana —dijo—, pero sin fijar un precio mínimo. El acto ha terminado. Despejen la sala.

Todos se retiraron, dirigiendo furtivas miradas a las rodillas de Jezabel. Hasta el mismo juez se detuvo un momento en el umbral de la puerta por si «pescaba» algo. Pero al fin la sala quedó vacía.

Una vez, en el vestíbulo, Jezabel susurró:

—No la entiendo. ¿Por qué no estaba Bigman?

—Yo tampoco lo entiendo —reconoció Aster—. A menos que lo

de la subasta fuera una excusa que nos dio para justificar su presencia en la casa. Cuanto más pienso en ese tipo, más mal me huele.

—A mí también.

—En cuanto a esos otros —susurró John Aster—, por lo que entiendo de subastas judiciales, se trataba de simples negociantes, de los que ya están «abonados» a los juzgados. Si llegan a ver una buena oportunidad, se quedan con la casa. Pero como el precio mínimo que se ha fijado para la subasta aún era demasiado alto, se han abstenido de pujar. Desgraciadamente en la segunda subasta, cuando ya no haya precio mínimo, se echarán encima como cuervos.

—Sólo tenemos una semana... —susurró Jezabel.

—Sí, pero eso no debe preocuparte. Tenemos una semana de plazo para hallar una solución. Peor estábamos anoche, ¿no?

—Eso es cierto.

—Te invito a un trago para celebrarlo.

—¿Un trago? ¿Dónde?

—Ahí tienes un magnífico lugar.

Y le señaló una sala con elegante entrada de madera labrada donde se leía Mac Gregor's Inn. Las maderas caras y los cristales emplomados hablaban de un ambiente elegante e íntimo.

—Hace más de un año que no entro en un sitio público —musitó Jezabel.

—Te conviene cambiar.

—¿Por qué?

—No siempre has de ser una viuda —dijo él significativamente—. Tienes edad para curarte y para casarte otra vez. Para hacer feliz a un hombre y tener muchos hijos.

No supo bien por qué, Jezabel se sonrojó.

Pero ya estaban dentro de la sala.

Ésta tenía una larga barra un poco al estilo de los viejos saloons del Oeste, y varias mesas esparcidas por el local. Había poca gente. John acercó la silla de ruedas a una mesa, preguntó a la muchacha lo que quería y luego hizo una seña, encargándolo.

Apenas había empezado a beber cuando la puerta se abrió.

Un hombre de unos cincuenta años, bien vestido pero con los bajos del pantalón algo raídos, entró en el local.

Se dirigió en línea recta a la mesa en que estaban los dos. Una vez allí se quitó respetuosamente el sombrero.

—¿La señorita Jezabel Wagram?

Los dos le miraron con cierta sorpresa.

—Sí, yo soy Jezabel Wagram.

—Permítame que me presente. Inspector Klener, policía de la Brigada de Homicidios en situación de retirado.

—Encantada de conocerle, señor Klener. ¿Pero qué quiere? ¿Qué tengo yo que ver con la policía?

—Me gustaría hablar un momento con usted.

—Desde luego; siéntese.

Antes de hacerlo, el hombre miró con cierta timidez a John Aster.

—¿Es algún detective privado? —preguntó.

—No, no lo soy.

—Es que de otro modo me hubiese ido. No quiero perjudicar a nadie, compéndame.

—¿Perjudicarme en qué?

—Trato de ofrecer mis servicios a la señora Wagram —dijo Klener.

—¿Servicios? ¿Qué clase de servicios?

—Como le he dicho, soy policía en situación de retirado —murmuró Klener, sentándose—. No por edad, claro, ya que sólo tengo cincuenta años, pero sí por accidente. Aunque mis músculos no responden gran cosa continúo siendo un chico tan despierto como entonces. Yo intervine en la muerte de su marido, señora Wagram.

—¿Y... y qué?

—He sabido que se encuentra en apuros.

—Yo no tengo apuros de ninguna clase —mintió Jezabel.

—Verá, no me tome por un indiscreto, pero un policía, con eso del instinto profesional, siempre se entera de muchas cosas. Además, no tengo nada que hacer... Verá, conozco al doctor Edgar. Ha sido también mi médico muchos años.

John Aster hizo crujir sus nudillos.

—Ese viejo charlatán... —murmuró.

Klener se volvió hacia él.

—¿Qué decía, señor Aster?

—Ah... ¿Me conoce?

—Claro. Es usted una persona bastante renombrada en Washington. Se está abriendo camino con mucha rapidez.

—Pues no decía nada. Murmuraba algo para mí mismo, eso es todo.

—Me hago cargo. Supongo que no le gustará que el doctor Edgar haya metido la pata, pero ¿qué puedo decirle? Tuve la culpa yo. Empecé a dar vueltas a una frase que él había soltado inadvertidamente y a partir de ahí le hice caer en una serie de preguntas hábiles. El oficio, ¿sabe? Total, llegué a la conclusión de que usted, señora Wagram, ve aparecidos. En otras palabras: que está siendo objeto de una horrible maquinación.

Ella se llevó la mano a la boca, ahogando un gemido.

—¿Una maquinación? ¿Yo?

—No hay duda, puesto que los aparecidos no existen.

—¿Y por qué había de existir, en cambio, una maquinación? ¿Qué es lo que pretenden obtener de mí?

—Eso es lo que quisiera que me dejase averiguar.

Ella se sonrojó.

—¿Qué pretende exactamente, señor Klener?

—Pues, verá... Puesto que este caballero no es un detective privado, cosa que ya sabía, y puesto que usted no tiene a nadie que la defienda, me he dicho que no sería mala idea ocuparme un poco de usted. Por un precio muy razonable, claro, y muy adecuado a sus actuales posibilidades económicas. Si le hago esa oferta es, más que nada, porque deseo entrenarme. Hay algo que no soporto y es a mi edad permanecer inactivo.

—Ayude a sus antiguos compañeros —dijo John Aster, no de muy buen humor.

—Lo haría, pero ellos no me dejan meter las narices en sus asuntos.

Miró a Jezabel y añadió:

—¿Qué decide, señora Wagram?

John contestó por ella.

—Está decidido. No necesita a nadie.

—Tal vez lo necesite —susurró la joven viuda inesperadamente.

—¿Tú? ¿Por qué?

—He confiado en ti, John, pero tú me has engañado.

—¿En qué?

—Cuando uno miente ha de tener memoria, al menos. De otro modo se queda en mal lugar, como te ocurre a ti ahora. Me dijiste que habías venido casualmente a Washington. Y por lo que deduzco de las palabras del señor Klener, vives aquí.

—Pues... pues, sí.

—¿Qué explicación tiene eso?

John Aster se puso en pie bruscamente.

—Perdona, Jezabel, pero quisiera darte una explicación en privado.

—¿Por qué en privado?

—A nadie le importa lo que he de decirte.

Y miró significativamente a Klener.

Éste se puso en pie también y dio un paso atrás humildemente.

—Perdonen —dijo—, no he querido molestar. Soy un maldito botarate, ¿sabe? Hace tiempo que molesto a todo el mundo y soy tan idiota que no quiero darme cuenta.

Jezabel le detuvo cuando iba a alejarse.

—Déjeme su número de teléfono, señor Klener.

—No se preocupe; ya la volveré a llamar otra vez.

Y salió.

John Aster dejó el importe de lo que habían bebido o de lo que apenas habían probado aún sobre la mesa, y empujó suavemente la silla de ruedas hasta la puerta.

Una vez en el coche, condujo a poca velocidad hacia el Memorial de Lincoln, para desde allí seguir hacia el sur por las orillas del río Potomac.

Cuando hubieron dejado atrás el bullicio del centro de Washington, John susurró:

—Debes perdonarme, Jezabel.

—¿Por qué?

—Confieso que te he mentado.

—¿Y por qué lo hiciste?

—Edgar me lo pidió.

—Sería mejor que me contases toda la historia desde el principio, ¿no te parece?

—Sí, claro que será mejor. Sobre todo teniendo en cuenta que es una historia muy sencilla.

Y lo contó todo, desde el momento en que Edgar le telefoneó hasta que él puso los pies en aquella casa.

Jezabel le había escuchado en silencio.

Parecía absorta, hundida en sus pensamientos.

Ni siquiera se había dado cuenta de que el coche estaba detenido en la orilla del Potomac, bajo los famosos cerezos.

—Sólo has querido hacerme un favor —susurró ella al fin—, pero yo no puedo aceptarlo.

—¿Por qué?

—Cobras las visitas a cien dólares, y tienes tu agenda llena de compromisos. Cada hora que me dedicas a mí te cuesta un precio demasiado alto.

—No pienses en eso; lo hago con gusto.

—Todo tiene un límite, John.

—¿Qué límite?

—No debes perder tu dinero por mí.

—Los placeres, cuando son auténticos, no tienen precio —susurró él—. Y para mí es un placer estar contigo. Un placer que... no sé explicar.

Bruscamente tendió ambas manos. Fue como si siguiera un impulso más fuerte que su voluntad, algo de lo que en cierto modo no era responsable.

La sujetó la cabeza y fue a besarla en la boca.

Ella se revolvió.

John Aster sabía que las chicas, normalmente y cuando no tienen gran cosa que perder, se dejan besar en los coches. Pero con Jezabel resultó distinto, muy distinto. Ella, al fin y al cabo una viuda, se defendió con más obstinación que una joven virgen.

John Aster no quiso forzar las cosas. La soltó e hizo un gesto de resignación, como si se sintiera avergonzado de sí mismo.

—Debes perdonarme —susurró.

—También tú debes perdonarme a mí. No sé qué me ha ocurrido... Me hago cargo de que una viuda no se porta así, como si fuera una colegiala. Pero, verás... desde que murió mi marido no me ha besado ningún hombre.

Eso no hizo más que acrecentar el deseo de John Aster, pero el médico supo contenerse esta vez.

—No volverá a suceder —dijo.

—Lo dejo a tu discreción. Pero quiero decirte una cosa, John.

—¿El qué?

—Soy una mujer decidida. No hago remilgos, aunque ahora lo parezca. Si alguna vez quiero que me beses, te lo pediré yo misma.

—Ojalá sea pronto —murmuró él—. Y ojalá entiendas que cuando estoy a tu lado no me importa el dinero.

—Por favor, llévame a casa.

—Claro...

Condujo con precaución por las maravillosas orillas del río, donde parejas de estudiantes en vacaciones leían o hablaban de amor, mirando las apacibles aguas. Cuando llegaron a la vieja y aristocrática calle donde estaba la mansión de los Wagram, la realidad volvió a ellos. Allí estaba la casa, donde se ocultaba un misterio que aún no habían logrado explicarse. Allí, entre aquellas paredes, estaba aguardando el angustioso problema que habrían de resolver.

John hizo la operación que ya había hecho otras veces, y cuando la tuvo instalada en la silla, la empujó suavemente hacia la puerta.

Esta vez, al llamar, no abrió una de las viejas criadas con sus malditos aparatos para la sordera. Esta vez abrió una criada joven, muy hermosa, magníficamente maquillada, y que hubiera parecido una actriz de revista caso de vestir de otra manera.

Llevaba un uniforme negro muy corto, un delantal blanco, medias también negras y zapatos de alto tacón.

—Buenos días, señora —dijo.

Jezabel estaba boquiabierta.

—¿Quién es usted?

—Yo te lo explicaré —dijo John Aster—. Por favor, entremos.

Una vez en el vestíbulo, presentó a la insólita doncella.

—Ésta es Gloria, una de mis antiguas enfermeras.

—¿Y para qué necesito yo una enfermera? —se alarmó Jezabel.

—Será exclusivamente tu doncella.

—¿Y para qué?

—Para que estés algo más protegida. ¡Y por una sencilla razón! ¡Porque aquellos dos mamarrachos que tenías aquí no servían para nada! ¡Dos viejas con sus malditos aparatos de sordera! —John Aster se había excitado de repente, como si sólo de pensar en aquellas dos mujeres ya le sacara de quicio—. Se podía haber

hundido la casa a cañonazos y ellas no se hubiesen enterado de nada. Por eso te he traído a Gloria. Ella sabe hacer muchas cosas, como por ejemplo enviar a un hombre por los aires igual que si fuera un luchador de catch. No creas que todos mis pacientes son pacíficos. A veces Gloria me ha hecho mucha falta.

Jezabel miraba asombrada a su nueva doncella.

Era hermosa, no cabía duda. Muy hermosa.

Y joven. Y fuerte.

Justo la enfermera que tendría un sicoanalista joven como John Aster, que estaba subiendo mucho entre la clientela elegante de Washington.

—No necesito a nadie —susurró—. Esta mujer me hace temer aún más la sensación de que soy una inválida.

—Compréndelo... Te hace falta. Yo no podré estar todo el día contigo —dijo John, recobrando la calma.

—¿Qué has hecho con las otras?

—Las he despedido por medio de mi administrador. Han tenido una indemnización muy generosa, ¿sabes? Puedo asegurarte que se sentían cualquier cosa menos desgraciadas al dejar esto. Parece ser que últimamente no cobraban con puntualidad.

Jezabel hundió la cabeza.

—La pobreza es una cosa triste, pero los detalles de la pobreza lo son mucho más aún —dijo.

—No te preocupes por Gloria; su sueldo lo pago yo.

Jezabel no contestó.

Parecía avergonzada de su impotencia, de tener que necesitar de la gente, porque ella no se valía por sí misma.

—Mereces que te ayuden —dijo John Aster, como si leyera sus pensamientos—. Fuiste muy generosa al dar todo lo que tenías a tu marido para que intentara aquella aventura. ¿Sería justo que ahora te quedaras en la estacada?

Ella no contestó tampoco.

—La acompañaré a su habitación —dijo suavemente Gloria—. Y no se avergüence por mí. Verá cómo dentro de muy poco tiempo somos grandes amigas.

Enganchó la silla al cable y ella misma movió el *demarré* que ponía en funcionamiento el motor. Parecía muy acostumbrada a aquella clase de mecanismos.

La silla fue subiendo poco a poco.

Y cuando estuvo arriba, John Aster, que no la había perdido de vista, se preguntó a sí mismo, por segunda vez: «¿Qué diablos pasaría si ese cable se rompiera?».

CAPÍTULO VII

Cuando John Aster regresó, ya eran las nueve de la noche. Había salido para atender en el consultorio a los clientes más importantes, aquéllos a los que no podía dejar de ningún modo. Y cuando terminó, fue de nuevo a la mansión de los Wagram.

Gloria le abrió la puerta.

—Hola, señor Aster.

—Hola, Gloria.

Y con la mirada le hizo una pregunta que la hermosa muchacha entendió perfectamente.

—Normal —dijo.

—¿Ha estado tranquila?

—Perfectamente tranquila.

—Vaya, menos mal...

—Yo no creo que esté tan grave —dijo Gloria, mientras jugueteaba con el borde de su delantal blanco—. En ciertos aspectos la veo muy sosegada.

—Sí... Yo también. Pero las cosas cambian cuando empiezan esas malditas pesadillas que yo aún no he logrado entender.

—¿Por qué no? Usted es un experto en pesadillas. Casi todos sus clientes las sufren.

—Sí, pero es que éstas parecen reales.

Y avanzó hasta una sala que ya conocía. Gloria le siguió.

Se notaba que habían estado haciendo limpieza.

Había bastantes cosas aún desordenadas por encima de los muebles.

—He tratado de arreglar esto un poco —dijo Gloria.

—¿Y ha encontrado algo interesante?

—No, nada.

John Aster examinó todos los objetos amontonados allí. Había facturas, paquetes de cartas, viejas fotografías, pentagramas de

música... Hizo un gesto de hastío, como indicando que nada de aquello le interesaba.

—Vuelva a guardarlo, Gloria. No quisiera que ella tenga la sensación de que la vigilan o de que usted ha registrado sus cosas.

La hermosa enfermera-doncella se inclinó para recoger unos libros.

Al hacerlo, se puso más de manifiesto la línea majestuosa y mórbida de sus piernas.

John susurró:

—¿Qué tal se ha acostumbrado a usted?

—Bien... Pero yo tengo la sensación de que le importo muy poco. Está hundida en sus propios pensamientos; lo demás no le interesa.

—Es natural dada su situación.

Y cuando ella iba a dejar los libros en el lugar de donde los había sacado, John Aster se fijó en una nota, en un papel blanco que sobresalía de una de las páginas.

—Gloria, ¿qué es eso?

—Ella lo ha puesto en varios libros. Dice cosas como por ejemplo: «Texto favorito de Jack». Mírelo.

Y arrancó la hojita de papel para tenderla al médico.

Era verdad lo que decía Gloria. Allí sólo se leía: «Uno de los libros favoritos de Jack».

—Debió querer mucho a su marido —susurró—. Veo que se preocupaba enormemente de sus cosas.

—También hay unos pentagramas que dicen: «Ésta era su música preferida».

—A verlos.

Ella se los tendió.

Eran cuadernos de música editados en Alemania Todo clásico, fundamentalmente Mozart y Beethoven.

Sobre la Novena Sinfonía una nota en letra femenina: «A Jack siempre le gustaba interpretarla».

—Toda su preocupación era Jack... —musitó él—. Vaya, ya no se encuentran mujercitas así. Es admirable...

Iba a dejar los cuadernos de música cuando de pronto estuvieron a punto de caer de sus manos.

John Aster palideció mortalmente.

—¿Qué es eso? —susurró.

Parecía como si hubiesen oído algo terrible, algo que le trastornaba.

Y sin embargo, lo que escuchaba no podía ser más sencillo.

Era música, música clásica.

John Aster balbució:

—La Novena Sinfonía, de Beethoven...

Y como si le hubieran disparado con un resorte, subió corriendo al piso superior. Era allí donde la música se escuchaba.

Parecía surgir de las paredes con su potencia majestuosa. Diríase que llenaba la casa.

Alguien estaba interpretando aquella música al piano y lo hacía con mano maestra.

¿Jezabel?

Sí, claro que tenía que ser Jezabel. Pero John Aster quedó boquiabierto cuando vio salir a la joven de su habitación, empujando las ruedas de su silla. ¡No era ella la que estaba ante el piano! ¡Porque la música seguía sonando!

El médico se detuvo.

—¿Qué es esto? —farfulló.

Ella le miraba fijamente, muy fijamente.

En el fondo parecía estar burlándose de él.

Era como si le preguntase: «¿Te das cuenta? ¿Y tú eras el que no me creías?».

Y señaló al fondo del pasillo.

—El piano está allí —dijo.

John Aster corrió en la dirección indicada. Sí, ahora lo recordaba. El piano estaba en una de las salas. Abrió la puerta de golpe, justo cuando el instrumento dejaba de sonar.

Se encontró ante las tinieblas.

Entre ellas reinaba un silencio espantoso, donde aún parecía sonar sin embargo un último arpeggio, la postrera vibración de una nota.

Se oyó detrás de él el leve chirrido de los muelles de la silla, que se acercaba.

—¿Dónde está la luz? —musitó John.

—A tu izquierda.

El movió el conmutador. La claridad se hizo. Vio el piano casi

ante sus ojos, con la tapa aún alzada. El asiento estaba a la distancia conveniente para usarlo, pero no se veía a nadie. Puertas y ventanas estaban cerradas. La habitación parecía no haber sido usada en muchos años.

John Aster farfulló:

—El piano sonaba aquí...

—Claro. ¿Qué otra cosa esperabas?

Por primera vez el médico estaba a punto de perder los nervios. Ahora, curiosamente, era Jezabel la que se mostraba tranquila. Y la explicación era sencilla: ella se había acostumbrado ya a aquel clima de horror mientras que Aster todavía no. Las manos del médico temblaban cuando apagó la luz y cerró la puerta.

—Era la Novena Sinfonía —musitó—. Sí.

—Una de las piezas favoritas de Jack.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he visto abajo. Tú dejabas notas escritas de tu puño y letra sobre sus cosas preferidas.

—Sí, es cierto.

—¿Y te quedas tan tranquila? ¿No piensas que Jack pudo haber estado aquí?

Era la primera vez que John Aster admitía la posibilidad —la absurda posibilidad— de que el difunto Jack hubiese vuelto a la casa. Apenas había pronunciado aquella frase cuando ya se arrepintió. Pensó si él también se estaría volviendo loco.

—Necesito un trago —fue todo lo que se le ocurrió decir a continuación.

Y descendió a la planta baja de la casa.

Aquella noche bebió más *whisky* que el que había bebido en todos los días de su vida anterior. Tenía sensación de estar borracho cuando volvió a la habitación de Jezabel.

Ésta se encontraba en la cama.

La silla de ruedas se hallaba a un lado, apta para ser usada en cualquier momento. El hermoso busto de la muchacha destacaba aún más tentador, adornado por las puntillas de la camisita. Se notaba que Jezabel no había pegado un ojo, porque estaba más serena que antes de acostarse. A pesar de que el reloj ya señalaba las dos de la madrugada, ella no había apagado la luz.

John Aster se sentó en un borde de la cama.

En otro momento —otro cualquiera y condenado momento de su vida— hubiera sentido la atracción física por aquella mujer tan hermosa, tan serena, tan sola. Se hubiera sentido atraído irremediablemente por aquella mujer que en realidad parecía esperarle. Pero ahora no podía. Lo único que parecía tener importancia para él era aquella maldita obsesión que le atormentaba.

—No podía ser Jack —farfulló.

—¿Has estado pensando en eso?

—No me lo quito de la cabeza.

—¿Por qué no vas a tu casa y tratas de dormir? Mañana tendrás un día muy ajetreado.

—He cancelado todas mis visitas para mañana —masculló él—. Nada, no tengo absolutamente nada que hacer. Soy como un obrero en paro. Tengo horas y horas para hacer una sola cosa: dar vueltas a esa maldita idea que me obsesiona.

—¿Has bebido? —musitó ella.

—Un poco de *whisky*.

—Con el alcohol no se arregla nada. Voy a darte un consejo, John, ya que tanto te preocupas por mí: Vuelve a tu casa, toma un par de somníferos y descansa. Mañana lo verás todo de una manera muy distinta.

El se apretó los puños e hizo que los nudillos crujieran furiosamente.

—Quiero saber todo acerca de Jack —murmuró—. Todo absolutamente...

—Murió quemado. Murió quemado con todo mi dinero. Desde entonces estoy tan en la ruina que no puedo pagar ni a mis criados. ¿Qué más quieres saber?

—Quiero saber dónde está enterrado Jacks.

—En un cementerio cualquiera. Tiene una tumba a su nombre. Tiene un hermoso ataúd de zinc y bronce que es de su exclusiva propiedad. ¿Qué más quieres saber?

Jezabel también se había alterado. Parecía a punto de perder el dominio de sus nervios.

Lo mismo le pasaba a John Aster, pero hizo un supremo esfuerzo para tranquilizarse.

—¿Y el dinero? ¿Qué dinero llevaba?

—¿A cuál te refieres?

—Al tuyo, al que transportaba en el coche.

—Se quemó.

—Pero ¿cómo era? Quiero saber cómo era.

—El dinero no tiene color —dijo ásperamente ella—. Un billete es hermano gemelo de otro billete. Siempre son lo mismo.

Y de pronto hizo un gesto, como si recordara algo. John la miró con atención.

—¿Qué pasa?

—Quizá tengas razón —dijo ella—, quizá ese dinero tuviese algo de especial.

—¿En qué sentido?

—Eran billetes de a veinte dólares. Yo no los tenía en el Banco ni en la Caja de Ahorros, ¿sabes? Los tenía en casa.

—Bueno, ¿y qué?

—En muchos de ellos había escrito mi nombre. Y en muchos otros había escrito Jack el suyo. Una costumbre infantil, si tú quieres. Pero ahora la he recordado.

John se encogió de hombros.

—Eso no tiene sentido.

—Ya lo sé, pero tú también me haces preguntas absurdas. Y yo te digo simplemente lo que ocurre.

John Aster se levantó del borde de la cama, donde seguía sentado, y fue al contiguo cuarto de baño, donde se remojó la boca que tenía seca después de beber tanto *whisky*. Cuando volvió, aún se secaba los labios con el pañuelo.

—No tiene sentido —repitió.

—Entonces, ¿por qué nos atormentamos con esta conversación?

—No lo sé... Pero es que estoy obsesionado —reconoció John Aster—. Necesito seguir... A ver, ¿qué traje llevaba Jack cuando murió?

—Se llevó puesto uno gris y otro marrón en el asiento posterior del coche.

—¿Para qué?

—Por si necesitaba cambiarse. Y ahora que recuerdo...

Palideció, mientras se pasaba dos de sus finos dedos por la boca.

—Ahora que recuerdo —musitó—. Ha pasado un año pero ese detalle creo que no se lo dije a la policía.

—¿Qué detalle?

—El del otro traje, el marrón. Ahora recuerdo que nadie me habló de él.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué no estaba en el coche?

—Eso debe ser... —Jezabel había apretado los puños ante el recuerdo—. Sí, eso debe ser, claro. No debía estar en el coche, puesto que de lo contrario me hubiesen hablado de él.

—Entonces...

Ahora Jezabel se pasó los dedos por la frente.

—No sé... no sé qué pensar, de verdad... Dios santo, creo que me estoy volviendo loca. Quizá Jack lo manchó sin querer y lo dejó en alguna lavandería del camino. No sé... Pero el caso es que en el coche no estaba.

John Aster, que no había vuelto a sentarse en el lecho, se apoyó en una de las paredes.

—Es extraño —murmuró—, nunca me había ocurrido una cosa igual.

—¿Qué es lo que no te había ocurrido?

—No desear a una mujer como tú. Si en circunstancias normales llego a ver una ninfa como Jezabel Wagram y del modo que ahora está Jezabel Wagram, no hubiera respondido de mis actos. Pero en este momento no me inspiras el más mínimo deseo. Lo dicho: debo estar volviéndome loco.

Salió de la habitación, bajó las escaleras y se derrumbó en uno de los divanes del vestíbulo inferior.

Le dolía horriblemente la cabeza, hasta parecer como si fuera a estallarle.

Extrajo un tubito con pastillas somníferas que siempre llevaba en uno de sus bolsillos y tomó dos de ellas.

Sólo así, al cabo de un rato, consiguió quedar dormido.

CAPÍTULO VIII

Por la mañana le despertaron los sonidos habituales de una ciudad que está ya en pleno ajetreo. A pesar de que el barrio era distinguido y tranquilo, pasaba por él una línea de autobuses y los repartidores no descansaban. El ruido de sus camionetas se oía arriba y abajo. John Aster se despertó, vio por una de las ventanas que el sol ya estaba bastante alto y sólo entonces se le ocurrió mirar su reloj: eran las nueve y diez.

Necesitaba una buena ducha.

Como ya conocía la casa, fue a uno de los cuartos de baño de la planta inferior, se desnudó y estuvo un buen rato bajo el agua tibia. Se dio una buena fricción de colonia, se secó vigorosamente y luego volvió a vestirse.

En el espejo comprobó que no tenía mal aspecto, a pesar de todo, aunque en sus mejillas azuleaba un poco la barba.

Cuando salió de nuevo al vestíbulo, Jezabel ya había bajado.

Llevaba un vestido nuevo, también de luto, y parecía como si tuviera interés en exhibir sus maravillosas piernas. John Aster empezó a olvidarse de sus otras inquietudes cuando la vio.

Ella le miró con sorpresa.

—¿Es que has pasado la noche aquí?

—Sí. Al final he logrado dormirme.

—Supongo que al menos querrás desayunar conmigo.

—Desde luego... —y el médico trató de sonreír—. Parece como si no hubiese pasado nada, ¿eh?

—¿Pasar qué?

—Pues... lo del piano y todo eso.

—Olvidalo.

Gloria llegaba con un carrito donde humeaba un excelente desayuno. Y John Aster se dio buena cuenta de que si las piernas de una de las mujeres eran de estupenda calidad, las de la otra no le

iban ni mucho menos a la zaga.

Los dos se sirvieron tan sólo café con leche y tostadas con mantequilla.

La verdad era que no parecían sentir demasiado apetito.

No habían bebido más que un sorbo del contenido de sus tazas cuando alguien llamó a la puerta.

Gloria pasó ante ellos para ir a abrir.

—¿Qué tal está el desayuno? —sonrió.

John arrugó el ceño.

—No puedo felicitarla —dijo.

—¿Qué...? ¿Qué dice? ¿No le gusta?

—Como enfermera será usted excelente, Gloria, pero como cocinera, merecería salir por la ventana. Esto está detestable.

—Lo siento... señor.

—Y haga el favor de ponerse un vestido más largo.

Conoce perfectamente cuáles son mis normas en la clínica. Aquí no necesita hacer exhibiciones de piernas.

Ella se sonrojó. Sus ojos casi lagrimearon un momento, de indignación y de sorpresa.

—No sé por qué me dice eso, señor. Yo no voy indecente.

—¡Va como una...!

Y no terminó. Se limitó a rechinar los dientes.

Gloria parecía a punto de llorar.

—No quiero seguir escuchándoles —dijo—. Está usted demasiado nervioso esta mañana.

—¿Pretende decir que estoy loco? Ella hizo un esfuerzo para no oírle. Y se dirigió taconeando a la puerta, donde acababa de repetirse la llamada.

Jezabel puso suavemente una mano en el antebrazo de John.

—Estás algo nervioso —murmuró—. Ella tiene razón. Después de lo sucedido no pareces el mismo.

John se pasó una mano por los ojos.

—Quizá tengas razón... He pasado una noche cargada de pesadillas. Infiernos, esto se va haciendo insoportable. Si continúo así, creo que me volveré loco de verdad.

—Entonces, déjalo, John. Olvídate de mí.

—Lo malo es que... no puedo.

—¿Estás obsesionado?

—Sí... Lo que ocurre entre las paredes de esta casa ha llegado a ser para mí como una idea fija.

En aquel momento alzó los ojos.

La puerta había sido abierta y un inesperado visitante se dirigía hacia ellos.

Jezabel susurró:

—Señor Bigman...

En efecto, el joven a quien esperaban haber visto en el juzgado estaba ahora allí. Parecía un poco confuso. Mostró como disculpándose, un gran paquete muy bien envuelto que llevaba bajo el brazo.

—Sé que la molesto, señora —dijo.

—Todo lo contrario, señor Bigman. Usted es el dueño de esta casa, ¿no? ¿A qué viene? ¿A empaquetarla y llevársela?

—Por favor, no gaste ironías conmigo.

—Me extrañó no verle en el juzgado.

—Al final decidí no acudir.

—¿Por qué?

—Sabía que nadie ofrecería nada por esta casa, al menos en la primera subasta. Es decir, si no iba yo las cosas quedarían como estaban. Y no sé si me entenderá... pero no quiero que la echen de aquí, señora.

Ella hizo un gesto altivo, pero exquisitamente educado. Se notaba que había sido educada a lo grande. Hay gestos, hay expresiones que sólo una verdadera dama puede resolver.

—Vaya... —musitó Jezabel—. Quizá tenga que llegar a la conclusión de que siente lástima de mí. Muchas gracias, señor Bigman.

El parpadeó, confuso.

Se notaba que admiraba a aquella mujer, pero que no acababa de comprenderla, porque no era de su mundo.

—Por favor, no se burle —musitó—. Yo soy ingeniero de minas en el noroeste del país. Vivo siempre en el campo.

—¿Por qué me cuenta eso?

—Para que se dé cuenta de que éste no es mi ambiente. Vivir entre los mineros me gusta. Correr sus peligros, sentir sus alegrías... Soy un hombre sencillo como ellos. ¿Sabe de dónde salió el dinero para la hipoteca de esta casa?

—¿De dónde?

—Los mineros tienen una asociación de socorros mutuos y el sobrante decidieron invertirlo en créditos hipotecarios, que se consideran muy seguros. Compraron la hipoteca de esta casa. Todo se inscribió a mi nombre. Y en vista de que no se cobraba, acordaron entre todos que, con motivo de mis vacaciones, me desplazara hasta Washington a ver qué ocurría.

Jezabel parpadeó.

—Parece que con mi pobreza estoy perjudicando a sus amigos, señor Bigman —dijo.

—Pues... sí.

—En ese caso, no tenga piedad de mí.

El hizo un gesto confuso, como si no supiera de qué modo resolver aquella situación.

—Ya le he dicho que es una asociación de socorros mutuos, señora —murmuró al fin—. No necesitamos por el momento ese dinero. Podemos esperar.

—Trataré de hacer lo que sea para pagar, señor Bigman. ¿Pero sólo ha venido a decirme eso?

—No. También quería decirle que me ha sucedido algo muy extraño. Me han traído esto.

Y mostró el paquete muy bien envuelto que llevaba bajo el brazo.

—¿Qué es?

—Verá, yo vivo no muy lejos de aquí. Estoy alojado en un motel de la carretera. Y esta mañana se presenta un muchacho de repartos y me trae esto.

Deshizo el paquete.

Y mostró lo que había dentro: Un traje marrón muy bien planchado y recién limpio.

Jezabel palideció mortalmente.

Y sólo al mirarla supo John Aster lo que aquello significaba. Se dio cuenta de lo que aquel simple traje era para ella.

Bigman también lo notó.

—¿Qué le pasa, señora? —dijo solícito.

—No... nada, Por favor, dígame cómo llegó esto a sus manos.

—Se lo estoy explicando. Un muchacho de repartos de una lavandería me lo trajo. «¿Es usted el señor Jack Leman?», me

preguntó. «No, no lo soy», dije. «Pues me han asegurado que vivía usted en esta habitación. Y que era Jack Leman». «¿De dónde ha salido eso? ¿Qué es lo que traes?». «Un traje que ya llevaba en la lavandería más de un año. Nos dijeron que lo trajésemos a esta dirección y nos pagaron por anticipado la limpieza. Pero el dueño nunca aparece». «Yo no tengo la culpa. No me llamo Jack Leman; vuélvase a llevar». «Mire, yo ya estoy cansado de hacer viajes. Se queda con el traje y si no le gusta, lo tira por la ventana».

Bigman dejó una pequeña pausa.

—Ése es el diálogo que sostuvimos —dijo a continuación—. Y yo ya iba a seguir el consejo del chico de repartos, tirando por la ventana no sólo el traje, sino también a él, cuando recordé que Jack Leman era el nombre del difunto marido de usted, señora Wagram. Y acepté el traje y pensé traerlo aquí, por si le servía de alguna cosa.

Jezabel había cerrado los ojos, necesitando apoyarse en el respaldo de su silla.

Estaba tan pálida que parecía como si fuera a caer de costado de un momento a otro.

John Aster también había palidecido.

La mano con la que sostenía su taza temblaba ostensiblemente.

Al fin, la depositó sobre la mesita y se puso en pie.

—¿Qué le pasa? —preguntó Bigman.

—Quiero saber en qué motel se aloja.

—En el Hempelton. Está en la carretera de Nueva York. Pero allí no encontrará nada especial.

—Entonces en la lavandería. A ver la etiqueta.

Bigman se la tendió.

Era la de una vieja lavandería china —una de las pocas que ya quedan en el Este del país— situada en la Calle Catorce. El joven médico se aprendió la dirección de memoria. Supo que no se le olvidaría nunca más.

—Voy a salir —dijo.

Y se dirigió a la puerta.

—John, no lo hagas —dijo ella—. ¡No lo hagas! Puedes encontrarte con algo horrible.

Pero él ya no la oyó o fingió no oírla.

Había atravesado la puerta.

CAPÍTULO IX

En su parte alta, la Calle Catorce es menos distinguida que en su parte baja. Abundan en ella las pequeñas tiendas, los bares profundos y algo oscuros y las casas más bien viejas. John Aster buscó el número oteando desde la ventanilla de su coche, y cuando hubo encontrado lo que buscaba, estacionó en frente de la lavandería.

Ciudad de calles anchas y de extensas zonas ajardinadas, Washington es una ciudad más bien apacible, donde no resulta difícil encontrar aparcamiento.

Entró en la tienda, de la que se desprendía un olor a vapor mezclado con el de la ropa perfumada después de pasar por las lavadoras.

—Hoy han enviado un traje marrón al Tempelton, un motel que hay en la carretera de Nueva York —dijo al chino que le atendió, un tipo sonriente y con barbita a lo Ho Chi Minh.

—Ah, sí... Un traje marrón. Llevaba aquí un año. ¿No está conforme con el lavado, señor?

—Sólo quiero saber quién lo trajo.

—Pues, no sé... Sólo apuntamos la dirección a la que había que enviarlo. Y fuimos muchas veces.

—¿Lo trajo un hombre llamado Jack?

—Pues debió traerlo él... Muy probable, puesto que el traje era suyo.

John dijo secamente:

—Gracias.

—¿No quiere nada más, señor?

No contestó.

Estaba dando vueltas en su cabeza a otro pensamiento. Sí, claro, eso tenía que ser... Mientras lo pensaba iba tranquilizándose. Jack debió manchar el traje sin querer y lo depositó en una lavandería. E

indicó que lo llevaran a un motel, no a su casa.

¿Razón?

Bueno, podía haber varias, pero una era suficiente. Quizá llevaba alguna chica en el coche, naturalmente, sin que Jezabel lo supiera. ¿Y qué pasaba si esa chica, que no tenía por qué ser un modelo de prudencia, le manchaba el traje de *rouge*? Sí, eso tenía que ser lo ocurrido. Entonces Jack, que quizá era una buena pieza en eso de las mujeres, cogía el traje y lo llevaba a una lavandería, con la orden de que no lo entregaran en su casa, lo que hubiera extrañado quizá a Jezabel, sino en un motel donde solía reunirse con la chica. Pensaba recogerlo allí dentro de poco... Pero ignoraba que aquél iba a ser su último viaje.

Sí, así tenían que haber ocurrido las cosas.

Todo era lógico excepto la casualidad de que Bigman hubiera ocupado la habitación que debía tener siempre reservada Jack. Pero ésa era una casualidad relativa, después de todo.

Ahora John Aster se sentía mucho más tranquilo.

Al cuerno los aparecidos, al cuerno los muertos. ¿Por qué pensar que los difuntos tienen la mala costumbre de salir de sus tumbas?

Entró en un bar a celebrar sus nuevos pensamientos.

Era un bar largo como un túnel, oscuro, profundo. Varios bebedores estaban ante la barra, quietos y silenciosos. El tiempo parecía haberse detenido para ellos. Su vida se concentraba en el vasito de *whisky* que tenían ante los ojos.

John pidió:

—Un *whisky* triple.

Había que entonarse, cuernos.

Lo terminó calmosamente, sin hablar con nadie. Estuvo allí una media hora. Y al ir a pagar, el camarero le hizo un gesto negativo.

—No me debe nada, señor.

—¿Qué?

—Le han invitado...

—¿Quién?

—Uno que estaba al fondo del local.

—¿Estaba?

—Sí. Ha salido por la otra puerta.

John Aster saltó como un tigre.

Casi arrolló a dos pacíficos bebedores para llegar a un oscuro

túnel.

En efecto, había allí otra puerta.

La abrió y encontró un callejón lateral. Pero en ese callejón no se veía a nadie.

El camarero le había seguido, extrañado, caminando por el otro lado de la barra.

—¿Sucedó algo, señor?

—No creo que nadie me haya invitado —dijo John.

—Pues puede estar seguro de que sí, amigo. Y el fulano ha dejado el cambio para mí. Mire qué billeteazo.

Y le mostró uno de a veinte dólares.

Aster palideció mortalmente.

—¿Era éste?

—¡Pues claro que sí!

—Deje que lo vea.

—Oiga, amigo, ¿qué le pasa?

Pero John Aster ya le había arrebatado el billete. Lo miró por anverso y reverso. Tenía una firma muy clara: «Jezabel Wagram».

El joven médico dejó caer el papel sobre la barra.

—Necesito otro *whisky* —masculló.

Y añadió:

—Por favor, triple...

La noche había caído otra vez sobre la ciudad.

Aquel barrio, aquella calle tenían la ventaja de ser tranquilos, pero la desventaja de que por la noche eran siniestras. Jezabel nunca había pensado una cosa así, pero lo pensó ahora. Mientras, en su silla de ruedas, con la habitación a oscuras, miraba a través de los cristales de la ventana, aquella calle tan conocida le pareció distinta. ¿Qué eran, por ejemplo, las sombras que se movían debajo de los faroles solitarios? Y aquel viejo y elegante hotel que estaba enfrente, ¿cuánta gente habría muerto entre sus muros?

¿Pero por qué pensaba esas cosas?

Decididamente, se estaba volviendo loca.

Pensó que necesitaba un trago, cosa que antes nunca le había ocurrido.

Ella no bebía, pero de un tiempo atrás tenía que reconocer que el alcohol le disipaba sus pesadillas.

De modo que se dirigió a la planta baja, donde estaban las bebidas más suaves.

Hizo como siempre.

—Primero sujetó el cable y lo enganchó al dispositivo que ya llevaba la silla.

Luego colocó ésta al borde de la rampa.

Accionó la clavija.

El motor empezó a funcionar.

En ese momento, hasta que llegara abajo, la silla ya no podía moverse. Tenía que seguir un camino fijo, un camino que le señalaba implacablemente el cable.

Jezabel iba muy tranquila.

Se había acostumbrado a aquello y se movía en la rampa como otra persona se movería en un ascensor.

Pero fue entonces cuando vio aquella sombra abajo.

Cuando vio la cara quemada, las facciones horribles, las manos rugosas.

Jezabel se llevó las manos a la boca.

No podía reconocer aquella cara monstruosa. No podía reconocerla, pero tenía que ser... ¡tenía que ser Jack!

La mano derecha de aquel espectro se había movido.

Algo brilló en ella.

Era un cuchillo de desollar, de enormes dimensiones. Con él podía segar en cuestión de segundos una garganta humana.

La garganta de Jezabel.

Ésta descendía poco a poco. Se iba acercando inexorablemente al lugar donde le aguardaba la muerte.

Veía claramente los ojos diabólicos que la estaban mirando desde abajo.

No podía moverse. Estaba prisionera en su silla. ¡Y la mano, a pocas yardas de distancia, aguardaba!

El cuchillo ya estaba preparado.

¡Ya se tendía hacia ella!

Fue eso lo que la hizo gritar al fin, lo que pareció romper de golpe todas las fibras de su garganta.

El chillido espantoso pareció llenar la casa.

El monstruo lanzó una especie de grito de rabia. No se movió de allí, dispuesto a lanzar de todos modos su golpe.

Pero en aquel momento un rectángulo de luz se dibujó en el vestíbulo.

Una puerta acababa de abrirse.

Todo el cuerpo de la escultural Gloria se traslucía bajo la delgadísima camisola que llevaba puesta, El monstruo desvió los ojos hacia ella.

Y Gloria le vio.

Vio el traje quemado, al rostro quemado también, las manos deformes.

Y el cuchillo que podía segarle la garganta.

El monstruo giró. Pareció olvidarse de su primera víctima, que ya estaba llegando abajo, para fijarse exclusivamente en ella.

Gloria se llevó las manos a la boca.

El horror la ahogaba. Toda la sangre de su cuerpo parecía haberse agolpado en su garganta.

No podía gritar.

Vio que el cuchillo refulgía a la luz turbia del vestíbulo. Venía hacia ella.

Y Gloria no podía defenderse. ¡Sabía que no podía!

Fue en ese momento cuando otra puerta se abrió.

Pareció como si un ciclón la empujase.

Jezabel, que lo miraba todo con ojos desencajados, apenas pudo balbucir:

—Bigman...

En efecto, era Bigman el que se lanzaba como un bisonte contra el monstruo.

El cuchillo no parecía importarle. Las facciones horribles de su enemigo tampoco.

Le hubiera arrollado, pero tropezó con la silla de Jezabel que se había puesto inesperadamente al medio, Sin poder dominarla. El atlético corpachón de Bigman patinó por el reluciente *parquet* del vestíbulo.

Se levantó como un saltarín.

Pero el monstruo había sido tan rápido como él. O era un atleta igualmente o se filtraba por las paredes. Porque de repente ya no pudo verlo.

—¿Por dónde ha ido? —masculló.

Ninguna de las dos mujeres parecían estar en situación de

ayudarle. Porque las dos habían cerrado los ojos.

Bigman miró incrédulo a todas partes.

—Es asombroso... —balbució—. Jezabel...

Jezabel pareció despertar de una pesadilla.

Le miró como si aún no creyera en su presencia allí.

—Bigman... —susurró casi sin voz—. ¿Qué hace en la casa?

—Estaba acechando en las cercanías. Bueno, la palabra «acechando» es muy fea. Digamos más bien que vigilaba.

—¿Por qué?

—Tenía la sensación de que usted corría peligro.

Gloria, que hasta entonces había estado convertida en una especie de estatua, salió de su marasmo repentinamente. Sin pensar en cómo iba vestida —o desvestida— corrió hacia el teléfono.

—¡Hay que llamar a la policía! —gritó—. ¡Hay que llamar a la policía!

Jezabel la detuvo secamente.

—No lo haga, Gloria.

—Pero... pero yo he visto...

—Sé lo que ha visto, Gloria.

—¡Por eso hay que llamar a la policía!

—Sería inútil. Esto no es algo que la policía pueda solucionar.

Gloria le miró incrédula, aturdida.

Parecía a punto de sufrir un ataque de nervios.

—¿Por qué la policía no puede hacer nada? —preguntó.

—Porque ese hombre era Jack.

—¿Su... marido?

—Sí.

—Pero... ¡si era un monstruo!

—Precisamente. Jack se quemó vivo.

Gloria no pudo más. De repente se derrumbó sobre una butaca y se puso a sollozar. Jezabel estaba rígida, quieta como una estatua. A Bigman le maravilló la serenidad de aquella mujer, que sin embargo sufría horriblemente por dentro.

—¿Dice que era Jack? —murmuró.

—Sí.

Bigman se pasó una mano por la boca.

—Los mineros que están a mis órdenes creerían que he bebido —susurró—. Sí, eso es. Que me he pasado la noche empujando el

codo. Pero que me quemen vivo a mí también si no he visto bien las cosas. A usted querían matarla, Jezabel.

—Esto... tenía que llegar.

—¿Y se queda tan tranquila?

Jezabel no contestó. Bigman dio un feroz puñetazo al aire.

—Oiga, yo no soy un niño. Le diría cuántos quilos de dinamita hacen falta para volar esta casa. Y de qué modo hay que apuntalar una mina para que no se hunda jamás. Tengo buenos ojos. Y he visto que ese tipo era un monstruo, pero estaba bien vivo. De cadáver nada.

Jezabel preguntó con voz helada:

—¿Qué quiere decir?

—Muy sencillo: su marido vive.

—Se equivoca. Está en una tumba. Y podría llevarle hasta allí si usted me acompañara.

—Mire, hermana. —Bigman había apretado sus poderosos puños—. Yo entiendo de vivos más que de muertos, y a mucha honra. A usted le endosaron un cadáver irreconocible, cierto. ¿Pero quién le dice que era el de su marido? ¿Quién le asegura que él viajaba en el coche?

—¿Qué... trata de decir?

Bigman dio unos pasos por la estancia, tratando de calmarse, mientras murmuraba:

—Imagine que viajaba con un amigo y simplemente con alguien que hacía *auto-stop*. Chocan, se queman los dos y uno queda atrapado dentro, mientras que el otro logra salir con gravísimas quemaduras. Pero se arroja al suelo, consigue apagarlas y se aleja de allí. O más sencillo aún: pierde el conocimiento y no puede pedir socorro, a pesar de que los policías, los sanitarios se mueven a poca distancia, una vez localizado el desastre. Cuando Jack despierta, no hay nadie. Y él es algo así como el hijo de Frankenstein.

Jezabel apretó los labios, haciendo una mueca patética.

—Por favor, no siga —suplicó.

Pero Bigman continuó hablando.

—Lo siento, pero esto es lo bastante importante para que no nos detengamos por molestia más o menos. Le estaba hablando de Jack. ¿Qué de extraño tiene que un hombre así pierda la razón? ¿Y que odie a todo el mundo, especialmente a los que antes más amaba? ¿Y

que trate de matarlos?

—Pero un hombre así necesitaría curarse —susurró Gloria, que al fin había dejado de llorar.

—Ya salió la enfermera... Sí, claro, necesitaría curarse. Y una persona normal iría a un hospital, pero un loco quizá se limitaría a echarse aceite sobre las heridas o a robar pomadas en un botiquín. Normalmente un hombre así debe morir, pero él sobrevive. No olvide que ha transcurrido un año. En un año un organismo puede reponerse.

—¿Y... y de qué viviría?

—Virginia está llena de casas donde la gente sólo viene a vivir a temporadas, casas donde los gerifaltes de Washington pasan los fines de semana. Todo consistía en ir eligiendo y en ir cambiando según las circunstancias. Además, en esas casas bien surtidas podría encontrar todo lo necesario.

Jezabel había cerrado los ojos otra vez.

No había duda ya de que admitía aquella idea, por horrible que pareciese.

—Consecuencia —dijo Bigman para terminar—. Gloria tenía razón: hemos de llamar a la policía.

Y se dirigió al teléfono.

—Por favor, no lo haga.

La voz de Jezabel era ansiosa, expectante.

—¿Qué pretende, señora? ¿Ayudarle? ¿O morir usted?

—Era mi marido, compréndalo.

—Pues la única forma que tiene de demostrar caridad hacia él es denunciándole. No ha cometido ningún delito... por ahora. Le llevarán a una clínica y le cuidarán. Todo será mejor que su vida actual, que es la de una bestia salvaje.

—Le comprendo, pero... pero sé que él es feliz así. En el fondo me quiere aún. Muchas veces ha estado en la casa sin hacerme daño. Cuando tocaba el piano, sé que lo toca para mí. Lo de hoy ha sido... excepcional. No volverá a repetirse.

Bigman la contempló con admiración.

Aquella mujer le desconcertaba, pero debía reconocer que no había visto otra igual en su vida.

—Parece insinuar con eso que usted se ha acostumbrado a él, ¿verdad? —susurró.

—Así es.

—Y que no le tiene miedo.

—Ya no.

—A pesar de lo de hoy.

—A pesar de lo de hoy —remachó Jezabel.

La expresión admirada que había en los ojos de Bigman se hizo más patente.

—Debió usted quererlo mucho —murmuró.

—Más que a mi vida.

Bigman cabeceó lentamente. Se acercó a Jezabel e hizo una cosa muy extraña.

Tomó entre sus manazas enormes una de las deliciosas manos de la mujer y la besó suavemente.

Jezabel, con lágrimas en los ojos, susurró:

—¿Pero qué hace?

—Nunca he besado la mano a una verdadera dama —susurró Bigman.

—Es... es usted un niño grande —farfulló Jezabel, sin poder ocultar que aquello la había emocionado.

—Soy simplemente un hombre que vive en una tierra donde las cosas son verdad o son mentira. Sólo eso: En aquella vida ruda e ingrata no hay hipocresías. Y cuando admiro a alguien lo admiro de verdad, créame. Porque hace falta echarle mucho corazón al asunto para aguantar lo que está usted aguantando.

Jezabel musitó:

—Debería olvidarse de mí, Bigman. Haga que vendan la casa. Haga que me envíen al infierno. No es justo que yo corrompa a los demás con unos problemas que sólo son míos.

—Necesita un poco de tiempo para reflexionar —musitó Bigman.

—Sí... Tal vez sí.

—Va a hacerme una promesa, Jezabel. Usted debe procurar ahora dormir tranquila, pero mañana por la mañana me dice si ha tomado una decisión, ¿entendido?

—Entendido, Bigman.

—Yo la protegeré.

—No hace falta. Sé que Jack estaba tan asustado como yo misma. Esta noche no volverá.

—Déjeme hacer a mí —murmuró Bigman—. Ahora es usted la que se ha convertido en una niña grande.

Y, moviendo sus poderosos brazos, la levantó sin esfuerzo de su silla de ruedas, encajándola bien contra su cuerpo, como si fuera, en efecto, una niña de diez años. Y con ella de ese modo, subió las escaleras sin fatiga alguna.

Jezabel susurró:

—Hace usted honor a su nombre, Bigman[1].

—Eso lo han dicho también otras personas —murmuró él, sonriendo.

Y la dejó en su habitación, en la cama. No hubo el menor deseo en sus gestos. Obraba en todo como un hermano mayor.

—Yo me quedaré fuera, vigilando —prometió.

—No hace falta. Le digo que...

—Tendré que darle un porrazo —dijo Bigman—. ¿O va a dormirse sola?

—Me dormiré sola.

—Así me gusta.

Y salió, quedándose junto a la puerta.

Jezabel tenía los ojos húmedos.

El beso, aquel extraño beso, aún le quemaba en la mano.

Cerró los ojos, mientras trataba de no atormentarse con sus pesadillas.

Y, cosa sorprendente, consiguió, a pesar de lo sucedido, lo que no había conseguido en las noches anteriores: dormir como una niña.

CAPÍTULO X

El día siguiente se presentó tan oscuro, lluvioso y gris, que no parecía haber realmente ninguna diferencia entre el día y la noche. Jezabel se despertó de repente, sobresaltada, al oír el repiqueteo de las gotas de lluvia en el cristal de la ventana. Creyó que acababa de amanecer, a causa de la semioscuridad reinante, pero una consulta a su reloj le indicó que eran ya las nueve. Fue a ponerse en pie y entonces notó que las piernas le fallaban.

«Son los nervios —pensó—, los condenados nervios».

Efectivamente, no podía negarse que aquellos días habían sido de verdadera prueba para ella.

Al mismo tiempo necesitaba olvidarse de todo.

Lo único que ansiaba era desaparecer.

Además no quería dar una respuesta a Bigman, que insistía en avisar a la policía.

Extrajo de uno de los cajones un tubo de pastillas y tomó un par de ellas. Eran somníferos de probada eficacia. Al cabo de unos momentos se durmió otra vez en un sopor dulce.

Gloria entró en la habitación con una bandeja donde estaba servido un ligero desayuno.

Pero al encontrarla dormida, volvió sobre sus pasos.

La tormenta se desencadenó sobre la ciudad.

Los truenos repercutían en las paredes de la casa, dando la sensación de que la techumbre iba a hundirse. La lividez de los relámpagos iluminaba las habitaciones sumidas en penumbra.

La lluvia caía furiosamente sobre la ciudad entera.

Bigman, que había montado guardia en el exterior, llamó a la puerta y entró al abrirla Gloria. Pese a haberse protegido bajo la marquesina, su traje estaba mojado de lluvia. Hizo un gesto como disculpándose por molestar a aquellas horas.

—Llueve fuerte, ¿eh? Esto es una verdadera tempestad.

—Pocas veces había visto llover así en Washington —murmuró Gloria—. ¿Ha estado usted fuera toda la noche?

—Sí, pero no ha ocurrido nada.

—No parece usted cansado.

—Estoy acostumbrado a pasar noches en blanco... —dijo Bigman sonriendo—. Las minas dan a veces muchas sorpresas feas. ¿No tiene por ahí un poco de café?

—Sí; se lo prepararé enseguida.

Mientras Gloria estaba en la cocina sonó el teléfono, que tenía una conexión en aquella pieza para que pudieran atenderlo las criadas.

Gloria lo descolgó. Y pudo captar enseguida la voz de John Aster, que parecía muy excitada.

—Señorita Gloria...

—Hola, señor Aster.

—Seguramente le extrañará que no haya venido en toda la noche. ¿Qué tal está Jezabel?

—Duerme.

—¿Todavía?

—Y muy pesadamente. Tengo la sensación de que se ha tomado algún somnífero.

—¿Por qué? ¿Está más preocupada que de costumbre? ¿Hubo novedades anoche?

—Novedades horribles, señor Aster.

—¿Qué... ocurrió?

—Un hombre con la cara quemada. Era... era espantoso. Intentó acabar con Jezabel.

John no contestó, pero se escuchó su respiración ansiosa al otro lado del hilo.

—Siga —murmuró al cabo de unos instantes.

—Intervino ese otro hombre, el señor Bigman... —susurró Gloria—. No creo que fuera casual, pero estaba en las cercanías. Al fin aquella especie de monstruo huyó. Me extrañó que usted no viniera. Quería... quería decirle que ya me es difícil resistir más.

—Y a mí, Gloria, y a mí.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—Empiezo a tener razones para creer que Jack está vivo. O al menos está vivo alguien que quiere aprovecharse de la muerte de

Jack. Ayer me ocurrió en un bar algo tan sorprendente que no sé ni cómo explicarlo. Estuve todo el día haciendo indagaciones y por eso no vine, pero fue inútil. Hoy seguiré con una pista que también me interesa seguir. Luego pasaré por la casa.

Gloria murmuró, sobresaltada.

—¿Qué hago mientras tanto, señor Aster?

—No se mueva de ahí. Atienda a Jezabel en lo que le pida, aunque si está dormida, cosa que celebro, no la molestará demasiado. Y espere.

Gloria fue a decir algo, pero ya no pudo.

Habían cortado la comunicación.

John Aster no solía hacer eso con ella. Por el contrario, era un hombre muy explícito. Tenía que estar terriblemente nervioso para haberse despedido así.

Arriba, en el dormitorio de Jezabel, pese a estar ella dormida, había oído el timbrazo del teléfono.

Pesadamente dio media vuelta y lo descolgó. Como entre brumas, oyó la conversación que sostenían en la planta baja.

El cerebro de Jezabel aún estaba medio adormilado por los somníferos, pero aun así se dio cuenta del verdadero sentido de las palabras. John Aster —comprobó— estaba perdiendo los nervios.

Y pensaba ya que Jack vivía. Claro... Tarde o temprano tenía que pensar eso.

Jezabel colgó y volvió a quedar dormida.

La lluvia seguía cayendo furiosamente, seguía envolviéndolo todo. Los truenos hacían retumbar la casa.

Cuando Jezabel logró despertar de nuevo, tuvo la sensación de que era ya muy tarde. Sentía la cabeza algo pesada después de tantas horas de sueño. Inmediatamente tuvo la sensación de que no estaba sola en el dormitorio.

Miró hacia un lado.

Gloria la miraba quietamente desde la puerta.

Había cesado de llover.

Toda la ciudad parecía sumida en un suave letargo; y estaba envuelta en las primeras sombras del anochecer.

Gloria musitó:

—Empezaba a estar intranquila, señora. Creí que le había ocurrido algo. Hasta iba a llamar al médico.

—¿A qué médico? ¿Al doctor Aster?

—Pues... claro.

—Yo creí que él vendría sin que le llamasen. Me extraña que ayer no se presentara.

—Tuvo muchas cosas que hacer. Las cosas tampoco son fáciles para él, créame.

Jezabel hizo un gesto de asentimiento.

—Lo comprendo muy bien... Y voy a confesarle que he oído esta mañana parte de su conversación. El teléfono está conectado a mi dormitorio.

—Entonces, si le ha oído, sabrá que...

—Prefiero no hablar de eso —dijo Jezabel quedamente—. Cada vez que la recuerde, me siento hundida en un universo de pesadillas. ¿Tiene un poco de café Gloria?

—Enseguida se lo preparo.

—Antes voy a ducharme y a vestirme —dijo Jezabel, saltando de la cama—. No quiero causarle molestias Gloria. Yo bajaré.

—Como le parezca.

Jezabel pasó al contiguo cuarto de baño y se duchó largamente. No le cabía ninguna duda de que mientras estaba así, bajo el agua y tras la cortinilla, se encontraba indefensa. Pero no sintió inquietud. La pesadilla estaba hincada tan dentro de su ser que ya casi no notaba su presencia, como normalmente no notamos los latidos del corazón, nuestro músculo más íntimo.

Descorrió las cortinillas, dejó de apoyarse en la pared y se apoyó con ambas manos en la silla que había al lado.

Ágilmente hizo girar su cuerpo para sentarse. Luego volvió al dormitorio y se vistió. Era muy hábil y podía hacerlo sin ayuda. Cuando descendió a la planta baja tenía el aspecto apacible de la mujer que no sufre ninguna inquietud, cuando en realidad había sufrido muchas.

Vio que John Aster la esperaba.

Bigman ya debía haberse ido, pensando no ser necesario.

John Aster estaba algo pálido y se le notaba cansado, pero destinó para ella la mejor de sus sonrisas. Era una de esas sonrisas que contagiaban de optimismo a sus clientes, porque significaba una sola cosa: «Todo va bien».

Jezabel musitó:

—Me extrañaba que no hubiera venido ya, John.

—Tuve problemas.

—¿Relacionados conmigo?

—No —mintió él—. Problemas profesionales de los que tiene cualquier persona... ¿Cómo te sientes?

—Mejor. Esta noche he tomado unos somníferos.

—Ya me lo ha contado Gloria lo que ocurrió. Es... siniestro, Y esta vez no se trata de una alucinación.

—No, John.

—Claro que de todos modos no llego a creerlo. ¡Resulta tan absurdo! Y esta maldita casa siempre tan oscura... Deberías salir de aquí, Jezabel.

—Veo que a ti tampoco te gusta la casa.

—Empiezo a odiarla.

—Porque tú también te estás poniendo nervioso, John.

—¿Qué quieres decir?

—Que también te torturan las pesadillas.

Él se llevó una mano a la frente, como si pensara que aquello era verdad.

Pero al fin se encogió de hombros.

—No debe dejarse impresionar —murmuró—. Todo esto es como una película de horror. Lo mejor es cerrar los ojos en determinados momentos y no verla, ¿sabe? En fin, creo que necesito un trago.

Jezabel bebió un sorbo del café que acababa de traerle Gloria.

—¿No has comido nada? —preguntó él.

—No, pero no tengo apetito.

—¿Qué somníferos has tomado?

—Están arriba, en mi dormitorio.

—Voy a verlos —decidió John Aster.

—¿Para qué?

—Los barbitúricos son peligrosos. Y esos que parecen eliminar todas las necesidades vitales no acaban de gustarme. Decididamente, quiero saber qué es lo que tomas.

Y subió al piso superior.

El dormitorio estaba tal como lo había dejado Jezabel. La cama desordenada conservaba la forma del cuerpo de la mujer. Todo tenía el perfume de su piel, de su joven vida. La camisita que había

empleado para dormir aún estaba tibia.

John Aster avanzó por la habitación sumida en penumbra.

Abrió el cajón de la mesilla.

A través de la ventana entraban las luces de la calle, que acababan de encenderse. Todo estaba quieto y silencioso. Parecía como si se hallaran a muchas millas de cualquier ciudad habitada.

El médico miró el tubito de barbitúricos.

Y estaba haciéndolo cuando le pareció oír un crujido en la puerta.

Se estremeció.

Había sido muy cerca, a su espalda.

Volvió la cabeza y vio que la puerta oscilaba aun levemente. Los pensamientos se atropellaron en su cráneo.

No podía ser Gloria, porque la oía hablar abajo. Tampoco podía ser Jezabel, ya que a ella le era imposible subir por las escaleras, y no se había ido, por otra parte, el zumbido del motorcito que tensaba el cable.

Entonces, ¿quién?

John Aster llevó la mano derecha a la funda auxiliar que descansaba bajo su americana.

Esta vez no le sorprendería. Esta vez llevaba una pistola.

Salió al pasillo.

Allí las tinieblas eran más espesas. Para que nada faltase, alguien había puesto abajo un disco con una música que resultaba siniestra.

A John Aster le pareció que el ruido se reproducía tras la puerta de una habitación situada ante sus ojos.

La empujó poco a poco.

Un crujido lento, chirriante, estuvo a punto de crisparle los nervios.

¡Aquella maldita y vieja casa...!

Vio otro dormitorio, pero este vacío. Los muebles enfundados parecían fantasmas que surgieran de entre las sombras.

John Aster empuñaba la pistola firmemente.

Le pareció que se movían unas cortinas cercanas a la ventana, y tras las cuales podía ocultarse un hombre. Estaba también muy cerca de un tocador en cuyo espejo se reflejaba su imagen.

Bruscamente las descorrió.

Pero detrás no había nadie.

Sólo la pared desnuda, en la que se insinuaban unas manchas de humedad.

John Aster se miró al espejo del tocador.

No parecía él mismo. Estaba muy pálido. Y a pesar de la penumbra notaba que unas gotas de sudor resbalaban por su cara.

Y a pesar de la penumbra, notó algo más.

¡Notó que algo se movía a su espalda!

No se volvió, porque por el espejo veía con tanta claridad como si tuviera al enemigo de cara. Ese enemigo, ¿era realmente un enemigo? ¿Era al menos un hombre?

En las facciones quemadas, destrozadas, los ojos brillaban demoníacos. Las manos rugosas parecían tenderse hacia él. Las ropas destrozadas eran las de un hombre que acababa de salir de entre las llamas.

Era un monstruo, era una visión de pesadilla. Era algo que obligó al propio John Aster a lanzar un grito de horror.

No se volvió tampoco.

Le parecía como si tuviera al enemigo enfrente puesto que lo veía a través del cristal. Sus nervios estaban completamente desquiciados. Tiró hacia adelante e hizo el cristal añicos.

A él le pareció que el estruendo del disparo se oyó, en toda la casa, pero se equivocaba. Sólo se escuchó en el piso superior. Abajo, la música, había llegado a un súbito *crescendo*. John Aster se dio cuenta de que se había dejado llevar por los nervios, de que acababa de cometer un terrible error.

—Jack... —balbució—. No es posible...

Jack podía haberse lanzado sobre él. Podía haberla matado en aquel estúpido instante en que él se dedicó a hacer añicos los cristales en lugar de balear al monstruo.

Pero éste se había evaporado.

Como si se lo hubiera tragado la tierra.

Bruscamente, John Aster se dio cuenta de que volvía a estar solo en la habitación. No se veía ni rastro de Jack. Hizo un gesto de estupor, mientras apuntaba hacia las sombras.

Pero ahora sabía algo.

Ahora sabía que Jack vivía.

Lanzó un gruñido y se dirigió hacia la planta inferior por las escaleras de servicio.

Y por la puerta de servicio salió. Sus facciones estaban lívidas. En algunos momentos parecían las de un cadáver.

Pero, sin embargo, era ahora cuando estaba seguro de ir por el buen camino. Era ahora cuando había tomado una decisión.

CAPÍTULO XI

El teléfono sonó abajo, pero Jezabel no podía tomar el auricular. Fue Gloria quien lo descolgó.

Contestó con un par de monosílabos y volvió a colgarlo.

Luego miró a Jezabel.

Ésta acababa de desconectar el tocadiscos y en la habitación volvía a reinar el silencio.

Gloria susurró:

—Debe perdonarme, pero necesito salir. Es urgente.

—¿La llamada era para usted?

—Sí —dijo Gloria.

—Es extraño que no haya bajado ya John —musitó Jezabel por todo comentario.

—Precisamente John llamaba.

—Ah ¿era él?

—Sí. Tiene que verme.

Jezabel hizo un gesto de asentimiento.

—Es extraño... Debe haber salido por la puerta de servicio. Y sin despedirse... Bueno, Gloria, vaya cuanto antes.

Gloria se dirigió hacia la puerta.

Cuando ésta estuvo cerrada y la enfermera hubo desaparecido, Jezabel suspiró hondamente.

Estaba cansada, muy cansada.

Diríase que por su hermoso rostro había pasado de repente una docena de años.

Empujó la silla de ruedas y se dirigió a la puerta. Se cercioró de que estaba bien cerrada.

Parecía no sentir el menor miedo al encontrarse a solas en la casa. Más bien al contrario.

Ahora Jezabel se sentía libre.

Fue hasta la rampa, volviendo sobre su camino anterior, y

enganchó el cable a la silla. Luego hizo funcionar el motorcito.

La silla fue elevada hasta el piso superior.

Jezabel estaba muy quieta, muy rígida, como si fuese una muerta.

¿No lo era realmente? ¿No había algo en ella que hacía estremecer?

Al llegar al piso superior, hizo funcionar de nuevo su silla de ruedas, avanzando a lo largo del pasillo. Empujó la puerta de una de las habitaciones.

La luz se encendió al entrar ella. Pero no fue Jezabel la que la encendió.

Había sido una mano rugosa, monstruosa, la mano de un hombre que estaba quemado completamente.

La claridad puso de manifiesto aquella horrible figura. El traje medio abrasado, los ojos demoníacos, las facciones monstruosas.

El fantasma estaba allí.

Y la miraba fijamente.

El monstruo avanzó dos pasos hacia ella.

¿Qué hizo Jezabel? ¿Gritar? ¿Pedir auxilio? ¿Tratar de huir de allí?

No, Jezabel no hizo nada de eso.

La muchacha se puso lentamente en pie y salió de su silla de ruedas, avanzando hacia el monstruo poco a poco.

CAPÍTULO XII

El automóvil estaba detenido justamente en la orilla derecha del Fotomac, medio oculto entre unos bancos y unos árboles. Pero Gloria supo encontrarlo.

Corrió en la penumbra hacia él, avanzando sobre sus altísimos tacones.

No cabía duda de que lo tenía todo, de que era una de esas mujeres que pueden volver loco a cualquier hombre.

Y, en efecto, el hombre que la esperaba allí estaba loco por ella.

Unos labios cayeron sobre la boca de Gloria.

Y ella se dejó besar, hasta que al fin susurró:

—Oh, John... Te estás portando como un salvaje...

John Aster la soltó poco a poco, mientras en sus facciones se dibujaba también una mueca de cansancio.

Curiosamente, era una mueca parecida a la de Jezabel. Cansancio de haber llegado al final de un largo camino; cansancio de no saber lo que puede haber más allá.

Susurró:

—Ya estaba harto de tratarte como a una desconocida.

—Yo también, John.

—Estaba cansado de fingir que eras sólo mi enfermera.

—Si esto llega a durar demasiado tiempo, yo no hubiera podido resistirlo —musitó Gloria.

John Aster se separó un poco de ella, acomodándose mejor en el lujoso asiento de piel.

—¿Ha ocurrido algo especial con Jezabel? —musitó.

—No, nada.

—¿La has vigilado?

—Como tú ordenaste.

—No te habrá atrapado en ninguna mentira ni en ninguna

contradicción, supongo. Es una mujer lista.

—No, no me ha atrapado en nada. Y es que he seguido tu consejo de no mentirle en nada que no fuera absolutamente indispensable.

John Aster suspiró.

—Eso, al menos, me tranquiliza —dijo—. Vamos allá.

—¿Adónde?

—¿Y lo preguntas, después de todo lo que ha sucedido? Sólo hay un sitio en el mundo donde yo podría ir ahora. Un rincón de los muertos que tengo absoluta necesidad de visitar.

Jezabel avanzó unos pasos hasta casi rozar el monstruo, y entonces se volvió de cara al tocador que había en la habitación.

Se miró en el espejo.

Contempló sus cejas alargadas y finas, sus ojos profundos, su cuerpo curvilíneo y sin embargo esbelto.

La verdad es que cualquier otra mujer hubiera lanzado un grito de horror al encontrarse en aquella situación. Porque en el mismo espejo en que Jezabel se estaba mirando, se reflejaba también, tras ella, la imagen del monstruo.

Pero a Jezabel no pareció importarle demasiado.

Dijo con un gesto de fastidio:

—Bueno, ¿no te quitas todo eso?

El monstruo no contestó. Pero hizo una serie de movimientos que hubieran causado asombro a todo aquel que hubiera sido espectador de la escena.

En primer lugar se desprendió de sus «manos».

Pudo verse entonces que aquellas «manos» eran en realidad unos guantes cubiertos de plástico, imitando carne devorada por el fuego. Daba tal sensación de realidad, que hubiera podido decirse que aquello era carne sintética. Pero una vez en el tocador, aquellos dos guantes quedaban como dos cosas insignificantes y lacias.

Luego desapareció el rostro.

La máscara de plástico que cubría la cara se esfumó en unos instantes. Las lentillas de contacto que hacían brillar los ojos y les daban un aspecto demoníaco desaparecieron también.

Y en su lugar se mostró un rostro humano perfectamente correcto y normal. Era el de un hombre de cierta edad, con el que Jezabel, aparentemente, había trabado conocimiento en un café de

Washington.

—Cada vez se disfraza usted mejor, Klener —susurró Jezabel—. Cualquiera día va a asustarme.

Klener sonrió. Hizo un gesto con las manos, como si quisiera disculparse.

—No crea que esto es agradable para mí —dijo—. En la película solía disfrazarme algunas veces, para realizar ciertas misiones. Pero, la verdad es que nunca me disfracé de monstruo.

—No me dirá que se ha asustado usted mismo, Klener.

—No, tanto como eso, no. Pero la verdad es que tengo un aspecto muy poco agradable.

Jezabel se sentó en el taburete que había frente al tocador y cruzó con la mayor desenvoltura sus hermosas piernas.

—Cuando pasé mal rato fue el día de la luz —murmuró—. Cuando tuve que entrar por esa puerta que da al vacío y luego descolgarme por ella otra vez, en cuestión de segundos.

—Pues eso no fue del todo malo para mí —susurró Klener—. Después de todo, siempre he tenido gran agilidad, y a mi edad aún no me pesan las piernas. Además, lo tenía todo tan bien ensayado, que no podía fallar.

—Ha pasado por otros ratos peores ¿verdad? —musitó ella.

—Desde luego que sí. Por ejemplo, cuando fingí que iba a matarla y Bigman se lanzó sobre mí. Creí que me descuartizaba antes de que yo tuviera tiempo de huir. ¡Ese tipo es una torre! O hace poco, cuando he simulado que iba a matar a John Aster, que estaba armado con una pistola. Si él no llega a estar tan nervioso, me liquida a mí. Pero por fortuna, no sabía lo que hacía y ha tirado contra el espejo. Creo que ha sido la vez de mi vida entera en que he sentido la muerte más cerca.

—Sin embargo, era necesario —susurró ella—. Era totalmente necesario, para que él creyese que Jack vivía.

—Y lo ha creído —murmuró Klener—. La prueba es que ha salido disparado.

—Y Gloria le ha acompañado. Gloria, la mujer a la que él designó para vigilarme. Supongo que son amantes...

—Yo siempre he tenido esa misma sensación —confirmó Klener.

Extrajo un cigarrillo y lo puso entre los labios de Jezabel, que lo aceptó con desenvoltura. Luego le prendió fuego y fumaron en

silencio.

Al fin Klener murmuró:

—Hay sólo una cosa que no he entendido.

—¿Cuál?

—¿Por qué me presentó a Aster en aquel bar? ¿Por qué hube de fingir que le ofrecía mis servicios?

—Por una sencilla razón. Para que si alguna vez llegaba a verme en contacto con usted, no se sorprendiera. E incluso le tomara por un amigo que también investigaba la misteriosa personalidad del monstruo que alentaba en esta casa.

Klener asintió.

—Es una idea razonable —dijo—. Y creo que he de felicitarla.

—¿Por qué?

—Nunca he visto una paralítica que fingiera tan bien.

—Hasta he conseguido engañar al doctor Edgar.

—Eso no tiene mérito —rió Klener—. El doctor Edgar la conoce desde hace tantos años que cree todo lo que usted le dice.

—Pero me sometió a exámenes —susurró Jezabel—. Y no crea que fue sencillo hacer todo lo que una paralítica de verdad hubiera hecho. Además, hube de luchar de verdad para que no me llevara a un especialista, porque ellos sí que hubieran notado el engaño.

Klener asintió de nuevo.

—Y engañó a sus criadas... Sí, realmente es meritorio.

Jezabel se puso en pie.

Así, con la gracia felina de sus movimientos, parecía una mujer mucho más atractiva, y, desde luego, mucho más completa.

Señaló el tocador, donde junto a los guantes de plástico había un delgado guante de piel.

—Pero se está volviendo descuidado, Klener —dijo.

—¿Por qué?

—No debió haber olvidado este guante. Un detalle así podía dar al traste con todo. ¿Se da cuenta?

Klener miró con atención aquel guante de piel, sin tocarlo, y luego se encogió de hombros.

—No es mío —susurró.

—¿No es suyo?

—Le aseguro que no.

—Bueno, no vamos a discutir ahora eso —murmuró Jezabel

consultando su reloj—. A un hombre tan listo como usted no debería importarle reconocer un pequeño descuido. En fin, debemos salir inmediatamente. De lo contrario, se nos hará tarde.

—¿Dónde estarán ahora?

—Seguro que junto al río. Gloria habrá ido a pie hasta allí. Si nosotros vamos en coche, les alcanzaremos. Además, supongo que usted tiene a dos ayudantes vigilando esta zona.

—Sí, y uno de ellos es muy hábil. Fue quien hizo llegar a manos de Aster aquel billete firmado por usted, en un bar de la Calle Catorce.

—Ellos nos orientarán en el caso de que el «Continental» haya pasado. Bueno, vamos a ponernos en movimiento. No podemos entretenernos ni un minuto más.

Y salieron.

Nunca Jezabel había andado con tan graciosa agilidad.

Cualquier parecido entre ella y una paralítica hubiera sido pura coincidencia, como se dice en el prefacio de algunas películas.

CAPÍTULO XIII

El lujoso «Continental» rodó a buena velocidad hacia el sur, por la carretera que lleva a Alexandría y bordea casi materialmente la casa natal de Washington, el primer presidente de los Estados Unidos.

Media hora después de salir de la capital, se desvió por un camino vecinal que estaba bordeado de bosques. Ni John Aster ni Gloria advirtieron que otro automóvil les seguía con los faros apagados.

Tampoco habían notado antes que dos hombres distintos pasaban muy cerca de su coche, cuando estaban detenidos junto al río, y que miraban al vehículo con sospechosa atención. Lo mismo John que Gloria estaban demasiado obsesionados con otro asunto para notar esto.

Y ahora ese otro asunto seguía obsesionándoles mientras rodaban por el camino más estrecho, sin forzar la velocidad, pues ahora la ruta era más peligrosa y no querían exponerse a un accidente.

Por fin la vieron.

Estaba como un año atrás, como estaría probablemente otro año más aún. Era una casa en construcción, de la que sólo la planta inferior estaba prácticamente terminada con puertas y todo. En el resto había poco más que el andamiaje.

Los faros, al tomar la curva, iluminaron el gran cartelón perfectamente.

COLEGIO DE SUBNORMALES
CONSTRUCCIONES BARRETT

John Aster sabía que Construcciones Barrett tenía un pleito por la propiedad de aquellos terrenos y que en bastante tiempo no podría seguir con la construcción del edificio.

Allí no se acercaba nadie. Era una especie de isla desierta cerca de la gran capital.

John detuvo el coche.

Apagó los faros y susurró:

—Bien, ya hemos llegado.

—¿Bajo?

—Naturalmente que sí.

Las dos portezuelas se abrieron y los ocupantes del «Ford Continental» pusieron pie a tierra. La oscuridad que imperaba en torno a ellos era casi absoluta, pero se orientaban bien. Llegaron ante la puerta principal del edificio en construcción y John Aster extrajo una llave.

Debía estar nervioso, porque tardó bastante en encontrar la cerradura y luego no acertaba a introducir la llave.

Gloria se impacientó.

—¿Pero qué te pasa?

—Es que no puedo creer que él viva.

—Pues parece que hay pruebas, John.

—Cuanto más lo pienso, más imposible me parece.

—No debió morir. Debió poder saltar del coche con quemaduras muy graves.

—Pues alguien murió; eso es seguro.

—Quizá en el automóvil iban dos personas.

—Sí, eso debe ser.

Logró al fin abrir. La cerradura, que se había resistido mucho a la presión de la llave, estaba totalmente oxidada. La puerta también tardó en girar sobre sus goznes.

John Aster susurró:

—Aquí no ha debido entrar nadie hacía tiempo.

—Lo mismo pensé yo, John.

—Por eso me parecía increíble que haya encontrado el escondite.

—Pero aquel billete...

—Sí, el que me dieron en el bar. Era justamente de los que hay aquí. Estoy seguro...

Entornó la puerta y los dos avanzaron por el recinto.

Era un gran patio de losas de piedra, donde seguramente se reunirían los, alumnos cuando el edificio estuviera terminado. John

fue contando las losas desde la puerta.

Al fin se detuvo ante una de ellas.

—Es aquí.

—¿Crees que ha sido removida?

—No, yo diría que no.

—A mí también me lo parece. En fin, vamos a asegurarnos. Para eso estamos aquí, ¿verdad?

Gloria parecía muy animada.

En vista de que las losas no presentaban señales de haber sido tocadas, renacía su viejo optimismo.

Todo tenía que ser una confusión, una pesadilla tal vez. Y aunque Jack viviera... Al menos el dinero estaba seguro, de eso podían tener la certeza los dos.

John susurró:

—Adelante...:

Movió la pequeña palanca que había sacado del coche y que llevaba en su izquierda. Introduciéndola entre las juntas de la losa, maniobró hábilmente. Pronto la losa empezó a alzarse.

—Ya está...

—Te ayudaré.

Entre los dos la alzaron del todo. Debajo apareció un hueco, y en el hueco algo que estaba envuelto en un grueso plástico negro. Era una arqueta, que estaba protegida de ese modo para que su contenido no se deteriorara.

John Aster la sacó.

Pesaba lo suyo, la muy condenada.

A la luz de las estrellas, que le permitían ver con cierta claridad, desprendió el plástico y quedó ante sus ojos sólo la arqueta de metal. La abrió.

Y lanzó un suspiro de alivio.

Bueno, allí estaba todo.

Sus temores habían sido infundados.

Distinguía claramente los fajos de billetes de a veinte, muchos de ellos firmados por Jezabel o Jack. Distinguía también los diamantes y las perlas.

Una bonita, una verdadera fortuna.

Y suya, enteramente suya.

¿Suya?

Fue entonces, justamente entonces, cuando oyeron aquel crujido. Y cuando los dos haces cegadores de aquellas linternas se les proyectaron directamente sobre los ojos.

CAPÍTULO XIV

Lo mismo John Aster que Gloria quedaron petrificados.

Hasta el aire parecía helárseles en los pulmones. Sus manos, que no habían llegado a tocar el dinero, quedaron rígidas.

John Aster, cegado por la luz de las linternas, comprendía que no le hubieran enfocado así sin tener la precaución de apuntarle con un arma. Y la sensación de que estaba atrapado, perdido, se apoderó de él.

Pero ninguno de esos pensamientos se traslució en su voz al preguntar:

—¿Qué pasa? ¿Quiénes son ustedes?

Lo que oyó a continuación sí que le dejó atónito.

Porque era la voz de Jezabel.

—Esperaba este momento, John Aster.

Las manos del médico temblaron en el aire. Su boca pareció desencajarse.

—Jezabel... Tú... tú eras paralítica.

—Una paralítica muy especial, John Aster. Supe engañar a todo el mundo, empezando por Edgar, mi médico.

—Pero... ¿por qué?

Porque quería vengar a Jack. Porque quería vengar a mi marido.

John Aster se llevó una mano a los ojos para evitar los haces cegadores de las dos linternas.

—De modo que todo era un complot... —balbució.

—Sí. Un complot del que fue instrumento el pobre doctor Edgar. El nunca ha sabido nada de la verdad. Pero yo estaba segura de que, en vista de mi conducta y hasta de mis falsos intentos de suicidio, acabaría trayéndote a mi casa.

—¿Pero por qué yo?

—Porque tú mataste a Jack —dijo lentamente ella, dejando caer las palabras una a una.

John Aster se estremeció.

La sensación de que estaba acorralado, perdido se adueñó por completo de él.

Intentó huir saltando hacia la oscuridad, pero una voz que creyó reconocer le advirtió desde más allá de las sombras.

—Cuidado, Aster, no haga tonterías. Le estoy apuntando. Soy Klener, el policía.

Todo el cuerpo de Aster sufrió un brutal estremecimiento, pero ya no intentó huir.

Haciendo un visible esfuerzo, susurró:

—¿Cómo sabías... que era yo?

—Porque durante un año, después de la muerte de Jack, pasé revista a todas sus amistades, a todos sus actos, incluso a todos sus pensamientos, durante días enteros y noches interminables intenté recordar cuáles habían sido sus relaciones, sus vicios, sus pequeños secretos. Una persona tras otra fui eliminando a las que no eran sospechosas. Y al final quedaste tú: quedó un médico sin ninguna fortuna, pero con mucha ambición, que de pronto había subido como la espuma.

Que por aquellas fechas se había instalado en el mejor sitio de Washington. Que gastaba mucho dinero en propaganda y que, por lo tanto, empezaba a tener una magnífica clientela en este influenciable país. Hice que te siguieran y así supe que alguna vez habías gastado billetes firmados por Jack o por mí. Era en cierto modo una prueba, pero necesitaba saber dónde tenías el escondite. La prueba está aquí, delante de nuestros ojos. Ahora sí que has caído con todo el equipo y con toda la artillería, John Aster.

El rió nerviosamente.

Parecía haber dado de pronto con un pensamiento que no sólo le aliviaba, sino que también le divertía.

—Todo lo que dices es absurdo —murmuró—. Los billetes se quemaron. La policía lo vio.

—Los billetes que se quemaron eran falsos —dijo Jezabel secamente—. Tú lo sabes mejor que yo, puesto que, aprovechando tu confianza con Jack, hiciste el cambiazó. Dabas por supuesto que, entre las cenizas, nadie averiguaría si los billetes eran falsos o no. Pero estos que están junto a ti sí que son auténticos. Ése es tu botín, John. El precio de la sangre.

John Aster sufrió otro brutal estremecimiento.

—De modo que todo ha sido una comedia para... para traerme hasta aquí —balbuceó—. Para que yo creyese que Jack estaba vivo y que tal vez había dado con el escondite... Para que quisiera asegurarme...

—Sí, John Aster —dijo ella suavemente—. Ése era mi plan.

Los dientes del médico rechinaron.

Se lanzó ciegamente hacia el foco de luz, queriendo sorprender a Klener, derribarle y hacer un esfuerzo desesperado para huir.

Pero Klener era veterano. No se dejó sorprender por un movimiento que además ya esperaba.

Adelantó la pierna y propinó un puntapié en la cara de John Aster. Éste cayó hacia atrás mientras sus labios quedaban bañados en sangre.

Pero no se entregó. Sabía que estaba perdido y que todo dependía ahora de la rapidez de sus piernas.

Salto hacia las tinieblas, mientras Gloria quedaba quieta, porque Gloria sabía que a ella le correspondería muy poca pena, y por tanto no era necesario exponerse a una bala.

Klener gritó:

—¡Quieto, Aster! ¡No me obligue a disparar! ¡Quieto le digo!

Pero John Aster no se avenía a razones.

Saltaba entre las sombras con la agilidad de un gamo, aunque no lograba escapar al haz de la linterna, que seguía enfocándole.

Klener insistió:

—¡Por última vez. Aster! ¡Quieto!

El fugitivo saltó hacia las escaleras que llevaban al piso superior. Buscaba desesperadamente un camino de huida, algo que le sacara de allí.

El foco de luz seguía persiguiéndole.

Era como una combinación fantasmagórica, como un juego diabólico de luces y sombras.

Aster llegó al piso superior.

Siguió subiendo.

La escalera era más estrecha y precaria cada vez.

Sólo servía para las obras, para que los albañiles subieran por ellas.

Retumbaba bajo los pasos del fugitivo y los del policía, que

había logrado no perderle de vista ni un segundo.

Hasta que de pronto Aster desapareció.

Fue como si se lo tragara la noche.

Klener disparó dos veces hacia el sitio donde por última vez le había visto. Las balas rasgaron el silencio de la noche.

Pero supo que no le había alcanzado.

John Aster tenía por fin la sensación de encontrarse libre. Al menos había escapado de aquel maldito chorro de luz. Buscó un sitio por dónde descender y poder llegar a su coche.

Allí estaba.

Las escaleras que, desde el tercer piso, se hundían entre las sombras.

Puso los pies en el primer peldaño y fue a bajar a saltos. Pero de pronto lanzó un aullido.

Las escaleras habían cedido.

Descuidadas durante más de un año, no habían podido resistir el peso de su cuerpo, que salió despedido hacia el vacío.

Jezabel oyó aquel ruido desde el centro del patio, donde se encontraba aún.

Se tapó los ojos con las manos, mientras de su garganta escapaba un sollozo.

El tiempo pareció entonces detenerse para ella. Tuvo la sensación de que los minutos caían uno a uno, como gotas de ácido en el interior de su cerebro. Cuando al fin oyó de nuevo la voz de Klener, le pareció que había transcurrido un siglo.

—Está muerto —dijo el veterano policía—. Ha caído desde el tercer piso sobre las losas del patio.

Jezabel se tambaleó un momento.

Y al fin susurró con un esfuerzo:

—Entonces él ha pagado su culpa. La misión que me impulsó ha terminado.

—Yo me ocuparé de todos los detalles... digamos sórdidos —murmuró Klener—. Haré la denuncia procuraré que trasladen pronto el cadáver y todo eso. Ah... El dinero debe quedarse aquí hasta que lleguen mis compañeros. Es nuestra mejor prueba.

—Le comprendo.

—Gloria también se quedará conmigo. Es un testigo valioso. Y si coopera creo que saldrá bastante bien librada, muchacha.

Gloria ni afirmó ni negó.

Parecía hundida y resignada a su suerte.

—Vendrá conmigo a telefonar —decidió el policía—. He visto una cabina telefónica en la carretera, no lejos de aquí. ¿Y usted, Jezabel, qué hará? ¿Piensa volver a su casa o quedarse aquí hasta que llegue la policía?

—Iré a casa —dijo ella con un soplo de voz.

—¿No tendrá miedo? ¿No se sentirá demasiado sola?

—¿Miedo? ¿Por qué?

—No, por nada... Ha sido un pensamiento estúpido.

—Me iré, Klener. Y sepa que nunca podré pagarle lo que ha hecho por mí. Tendrá no el cinco por ciento del dinero recuperado, como acordamos, sino el diez.

—Hum... Hasta el propio jefe del FBI va a envidiarme... Pero no hablemos ahora de dinero, Jezabel. A usted se lo devolverán todo cuando el proceso concluya. Y ahora, dígame, ¿de verdad no quiere esperar a que lleguen mis compañeros, para que un agente la acompañe a casa?

—No. De verdad que no. Prefiero ir sola. Necesito... Necesito pensar.

Y Jezabel se alejó silenciosamente.

Había soñado durante un año entero en aquel momento y había hecho toda clase de sacrificios para llegar a él. Y sin embargo, ahora que acababa de triunfar, se sentía más desolada que nunca.

Llegó hasta el coche, que era como una masa silenciosa y negra.

Había vengado a Jack, sí. Había vengado al hombre que fue el único amor de su vida.

Y sin embargo. ¿Jack merecía eso?

¿Merecía que ella hiciera tanto por él?

Durante el año en que buceó en su vida pasada, en sus amistades, en sus pequeños secretos, se había enterado de muchas cosas acerca de Jack. Por ejemplo su amistad con John Aster no era una amistad «santa». Era muy posible que con Gloria hubieran tenido que ver algo los dos. Y con otras. Y era también muy posible que el dinero de los terrenos petrolíferos hubiera ido destinado en parte a otra mujer.

Jezabel suspiró hondamente, sin conseguir liberarse de aquella sensación de cansancio.

En fin, ella había cumplido con su deber.

El crimen no había quedado impune.

Ahora debía tratar de olvidar, tratar de empezar una nueva vida.

¿Pero eso era posible?

¿Puede una mujer vivir después de pasar por esas experiencias, aunque haya recuperado casi toda su fortuna?

Porque John Aster había gastado una parte en la instalación de su lujoso consultorio, pero la parte sustancial aún estaba allí, custodiada por Klener. Era el dinero que Aster tenía en reserva. El que, para no despertar sospechas, no quería tocar de momento.

Había rodado a buena velocidad sin darse cuenta.

De pronto vio ante ella la vieja mansión de los Wagram. Vio las ventanas hostiles, la masa negra del edificio con todas las luces apagadas. Detuvo suavemente el coche y se acercó a la puerta.

Bien... Todo había terminado.

Ahora sólo necesitaba dormir, dormir días enteros si era posible. Tratar de olvidar... Estaba decidida a consumir docenas de somníferos, hasta que su cerebro se nublase.

Entró en la casa.

Todo era silencio, todo era quietud, todo eran sombras que parecían acecharla.

La vieja mansión de los Wagram...

El lugar donde había maquinado su venganza, donde durante un año, vivió pendiente del hilo de sus pensamientos.

Iba encendiendo las luces a su paso.

De sus labios iba surgiendo una vieja cancioncilla.

¿Para animarse? ¿Para disipar su miedo?

¿Pero miedo de qué?

¿Es que ahora que todo había terminado iba a perder el control de sus nervios?

Llegó al dormitorio donde había estado en compañía de Klener, donde se quitó la careta y los guantes imitando piel quemada.

Dirigió una mirada superficial en torno suyo.

Todo estaba aún allí, tal como lo habían dejado.

¿Todo?

¿No faltaba algo?

Jezabel tenía la extraña sensación de que en efecto faltaba algo, pero no sabía qué.

Decidió olvidarlo.

Era una tontería lo que se le pasaba por la cabeza. Estaba perdiendo ahora, justamente ahora el control de sus nervios.

Se sentó ante el tocador y miró su rostro.

Parecía muy pálida. Muy pálida y muy cansada a pesar de haber dormido tanto la noche anterior sus energías la abandonaban.

Oía el

tic-tac

de todos los relojes de la casa.

Parecía como si su sonido se hubiera multiplicado por diez.

Y volvió a mirar la superficie del tocador. Algo no estaba allí.
¿Pero qué?

Y de pronto lo recordó.

¡El guante!

¡El delgado guante de piel que habían visto antes y que según Klener no era suyo!

Jezabel palideció mortalmente.

¿De quién era?

¿Por qué estaba allí?

Y de repente lo vio.

El guante estaba tras ella, pero en compañía de otro. Y los dos enfundaban unas manos humanas que se movían a su espalda.

Jezabel vio el resto también.

Vio aquel hombre envuelto en un mugriento abrigo negro que le hacía confundirse con las sombras.

Había surgido de ellas como un espectro. Y avanzaba poco a poco hacia la mujer.

La tenía acorralada.

Las solapas negras cubrían casi enteramente el rostro de aquel hombre, pero podía verse lo suficiente de él para darse cuenta de que estaba literalmente abrasado. Para darse cuenta de que no había pelo en su cabeza, que era como una masa rugosa. Para ver que estaba ante un verdadero monstruo.

Pero éste era real.

Éste no era Klener disfrazado, sino, sino...

El nombre apenas tuvo fuerzas para surgir de los labios exangües de Jezabel:

—Jack...

CAPÍTULO XV

Las manos enguantadas de Jack se acercaron poco a poco a su cuello.

En sus ojos se leía un odio irracional, demente. Era un odio implacable hacía todo lo que estaba vivo y era más hermoso que él.

Jezabel ni siquiera se movió.

Nada hubiera podido hacer para defenderse, porque estaba acorralada. Y ni siquiera tenía fuerzas —ni ganas— para chillar.

Aquella era la más terrible, la más feroz burla que le pudo deparar el destino.

Resultó que lo que Bigman había dicho era verdad.

No había un solo hombre en el coche incendiado, sino dos.

Algún amigo de Jack. Alguien con quien éste pensaba tal vez repartir el dinero.

Y ese amigo fue el que murió, ése fue el que ahora estaba enterrado bajo el nombre de Jack.

Pero Jack logró quedar vivo.

Convertido en una antorcha, pero vivo.

Durante un año satánico.

Y ahora... ¡ahora estaba allí!

Convertido en un monstruo que no conocía a nadie, que solamente vivía para odiar.

Las manos se cerraron sobre el cuello de Jezabel.

Ésta tampoco se movió.

¿Puede una mujer tan joven desear la muerte? ¿Puede encontrar placer en terminar al fin de una vez?

Las manos retorcían su cuello.

Eran urnas manos fuertes, satánicas implacables.

Acababan con ella lentamente, sabiamente, con una implacable crueldad.

Hasta que Jezabel se crispó, hasta que el resto de deseo de vivir

que le quedaba fue más fuerte que su dolor y que su miedo.

Se contorsionó cayendo al suelo.

El monstruo cayó con ella.

Sus manos la sujetaban ahora con más fuerza, con más crueldad. Le estaban destrozando el cuello.

Jezabel no podía gritar, no podía respirar ya. Estaba sintiendo en torno suyo la quietud de la muerte.

Con un último soplo de voz aún pudo balbucir:

—Jack...

Y cerró los ojos.

No quería verle al morir, no quería pensar en que era él quien la mataba.

Aquello era el fin.

¿Pero qué se estaba moviendo entre las nubes de su cerebro? ¿Qué era aquel ruido? ¿Por qué la presión de las manos se aflojaba? ¿Por qué le parecía, o quizá era una simple ilusión, que podía respirar un poco?

Notó que algo era lanzado por las paredes.

A causa del impulso dio una vuelta sobre la alfombra. Chocó con un mueble. Lo derribó.

Tal vez aquello era el sueño de la muerte.

Pero Jezabel notó con sorpresa que podía abrir los ojos. Vio confusamente volar algo sobre su cabeza. Era una silla que se estrelló contra la pared.

Dos cuerpos parecieron chocar en el aire.

Oyó gruñidos guturales, ruido de golpes y luego nada.

El silencio más espantoso pareció imperar en la habitación.

Jezabel solo oía un leve ronquido, pero no podía darse cuenta de que era el de su propia respiración agitada.

Y entonces vio el cuerpo caído de Jack. Su cuerpo tan inmóvil y en postura tan crispada que ya no le cupo ninguna duda.

Estaba muerto.

Una silueta alta, fuerte y cuadrada se movió entonces entre las sombras que aún llenaban la habitación.

Jezabel le miró con infinita sorpresa y apenas tuvo tiempo para susurrar:

—Bigman...

En efecto, era Bigman el que avanzaba hacia ella. Un Bigman

más fuerte que nunca, con los puños apretados y un hilillo de sangre manándole de los labios.

Se lo limpió con un gesto brusco.

Luego susurró:

—Lo siento, Jezabel.

—¿Ha... ha muerto?

—He tenido que darle unos cuantos golpes en la nuca. No había otro remedio.

Y añadió suavemente:

—Creo que sí. Creo que ha muerto. He visto cosas así en las peleas de las minas.

Jezabel farfulló, tapándose la cara con las manos.

—No importa... Creo que en realidad murió... Murió para todos hace ahora un año.

Bigman avanzó hacia la puerta. Luego pareció pensarlo mejor, retrocedió y ayudó a Jezabel a sentarse en una de las butacas.

Diríase que tenía miedo a tocarla, de rozarla siquiera. Era el hombre más respetuoso que Jezabel había conocido jamás.

—Vigilaba la casa —murmuró Bigman—. En realidad puedes creerte si te digo que nunca he estado muy lejos de aquí. Por eso me he enterado de muchas cosas sorprendentes, pero que ahora comprendo tienen su explicación. Te aseguro que lo siento, Jezabel.

Ella no contestó.

Bigman produjo un chasquido con sus dedos.

—Ahora no debes creer en nada, Jezabel.

—No. En nada.

—Yo vivo en una tierra donde las cosas son verdad o son mentira —musitó él—. Ya te lo dije. ¿Y sabes que averigua uno al cabo del tiempo? Pues que en esta vida hay más verdades que mentiras, aunque no lo parezca. Quizá yo te pueda enseñar a creer, Jezabel. Nunca es tarde.

Ella no contestó tampoco.

Pero hizo un gesto de asentimiento muy breve, como si otra vez en su vida penetrara un levísimo rayo de luz.

Bigman dijo sonriendo:

—Necesitas un trago. Yo te lo prepararé.

Y salió, para volver al cabo de poco tiempo, de aquella habitación donde estaba Jezabel con sus recuerdos, con su pasado,

con sus sombras.

Pero eran unas sombras que no durarían siempre y Bigman lo sabía.

FIN

AVISO

Dada la excepcional acogida dispensada
ininterrumpidamente al más genial de
los autores populares

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

se complace en ofrecer a sus miles de
lectores una nueva colección de

ESTEFANIA

el más leído y admirado autor de novelas
del Oeste, cuyo nombre ha llegado a
identificarse con el género que cultiva y
a ser sinónimo de acción directa, de estilo
trepidante, de amenidad, cualidades que
han hecho de él un maestro de la literatura
de acción

En la nueva colección

CENTAURO

el lector hallará las obras que han hecho
de Estefanía un clásico del Western



6.000
NOVELAS DEL OESTE,
MILLONES DE LECTORES
DE LENGUA HISPANA,
MÚLTIPLES TRADUCCIONES
Y VARIAS ADAPTACIONES
CINEMATOGRAFICAS...

son claro exponente del éxito
sin precedentes alcanzado por
las colecciones populares de

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 9 PTAS.



NOTAS

[1] Bigman, en idioma inglés quiere decir exactamente «hombre grande». (N. del A.). < <